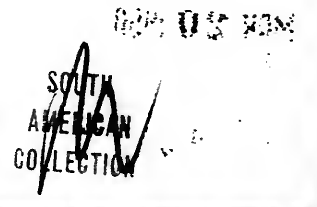

SOUTH
AMERICAN
COLLECTION

ECHEVERRÍA - MARMOL

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Evolución del Espíritu de la Obligación en Roma.—(Prólogo de los doctores E. S. Zeballos y E. E. Rivarola).—Editor; Valerio Abeledo, «Librería Jurídica», 1912, 1 v., 320 y XXX páginas.

Política Positiva.—Editor; Valerio Abeledo, «Librería Jurídica», 1915, 1 v., 305 y XXIX págs.

Cobro de honorarios médicos.—«La Semana Médica», E. Spinelli, Bs. As., 1916.

Por nuestra democracia.—Editor. «La Popular», La Plata, 1918, 1 v., VIII y 316 págs.

EN PRENSA

Derecho de Reivindicación.
El Registro de la Propiedad e Hipoteca.

HÉCTOR ROBERTO BAUDÓN

ECHEVERRÍA

MÁRMOL



LIBRERÍA «LA FACULTAD» DE JUAN ROLDAN
FLORIDA 436 - BUENOS AIRES
1918



Al Dr. Pedro Solanet

Homenaje

PRÓLOGO

Quiero iniciar al lector en el sencillo orígen de este pequeño volúmen. Fueron escritos los trabajos que comprende en el año de 1911, en plena juventud del alma abierta al ensueño y a la fe. Destinados a ser leídos en círculo inteligente y laborioso de amigos, un motivo posterior y accidental determinó que salieran del anónimo publicándose en dos números de la Revista de Derecho, Historia y Letras, correspondiente el uno a las postrimerías del 1913 y el otro al principio del 14. Se libraron, así, casi involuntariamente, del núcleo afectuoso que los comprendía y perdonaba, para entrar en la escena pública en que las cosas pierden la íntima paternidad que los ampara y se convierten en el dominio de todos.

Conscientemente he conservado hasta la puntuación originaria: ni un cambio de fondo ni de forma. Lleva el carácter de una publicación retrospectiva.

Quienes, alguna vez, han creado un lienzo, una estátua, un libro o un hijo, comprenderán, en parte, la causa de esta publicación; además, al verso o la prosa, buena o mala, pero que amamos, es preciso darla al tipo, para que adquiera la forma externa, a semejanza del mármol o el color, que complace íntimamente porque sugiere la ilusión engañosa de haber conquistado la vida ilimitada, triunfando del tiempo y el olvido, dulces mirajes de esperanza.

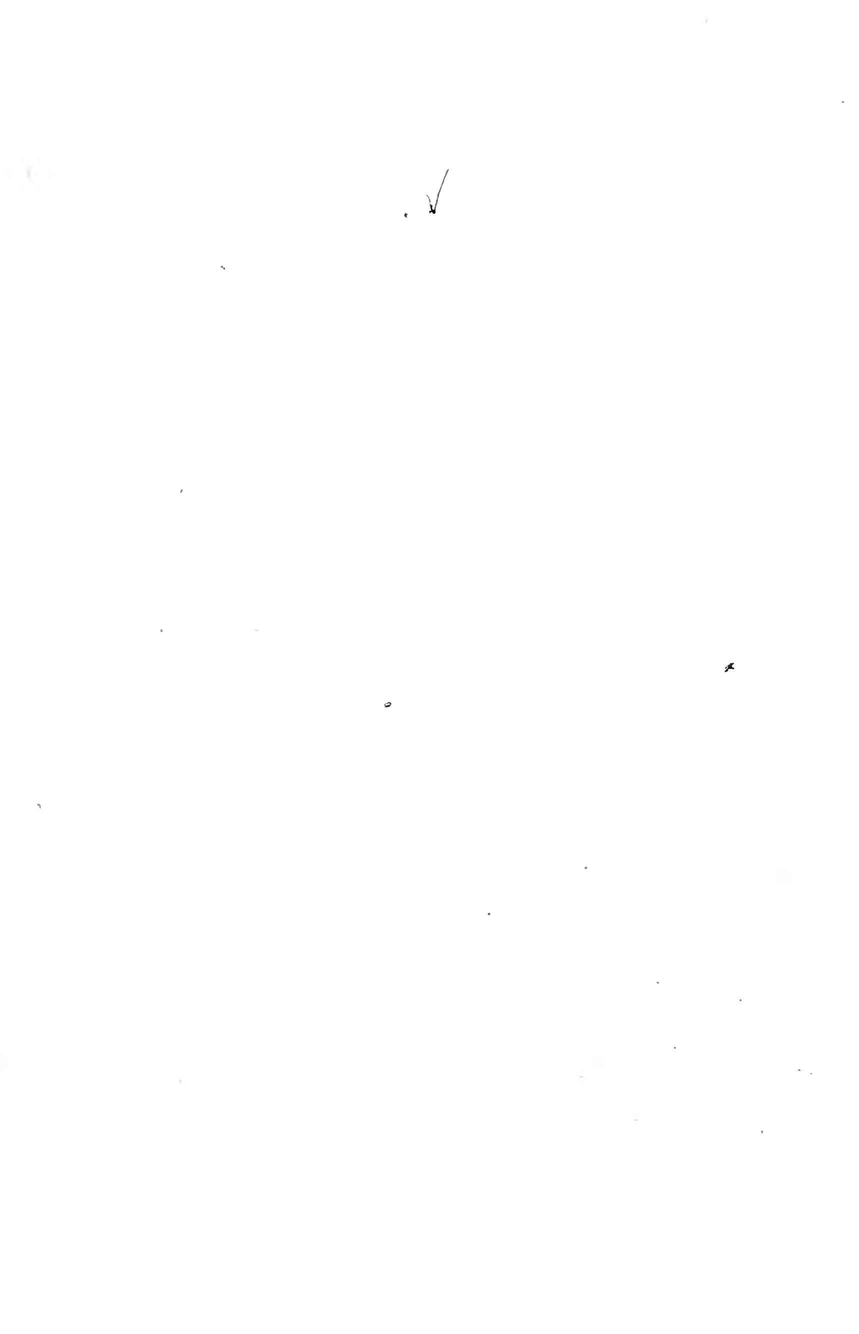
Sobre ello, hay, en la extraña psicología humana, una ley, misteriosa y adorable, que retrotrae el alma a estados primitivos, pasados a la subconciencia, y que suben a flor de la memoria como un paisaje saliendo de la niebla, mediante la reproducción de las circunstancias objetivas o subjetivas que formaron el marco externo y la substancia espiritual de vida en el período cuyas impresiones se anhelan renovar. Parece que el alma al recibir su imagen de la vida real deja en ésta grabadas sus características para reconocer sus huellas al través del tiempo. Hay, así, una perfecta e indefinible identificación entre la vida y el espíritu: cada período de aquella tiene su correspondencia en un núcleo de impresiones que forma parte integrante de la entidad moral. Por eso, hijas dóciles y amantes, acuden solícitas al conjuro de la nota musical, el paisaje, el verso, la mujer — verbos del placer — o la dolora en que encontraron su origen. Son las ninfas que llegan al sonido de la flauta del dios. Gozamos intensamente, perdida la noción del momento actual — sugestión o realidad — recorriendo los sitios donde hemos amado o padecido, conviviendo con los objetos que encierran una suave historia de cariño o la amargura de la fatalidad. Nada más encantador y bueno que volver la mirada a la campiña florida y alegre, mientras ganamos, en penosa jornada, el linde, siempre remoto, del páramo desolado....

Cuando la vida ha dejado en el espíritu do-

lores profundos, penosos convencimientos y desengaños irreparables, en que la filosofía idealista se ha tornado estóica, en que el optimismo espontáneo y orginario que es pujanza de la entraña, alumbra como un sol y brota como el agua de una fuente, pletórico e incontenible, se ha vuelto en optimismo obligado de voluntad, no ya de alma sino intelectual, siente el hombre el impulso irresistible que lo empuja hacia el jardín idealista donde brotaron flores de ilusión, hubo cisternas cristalinas — confidentes de estrellas — y garbosos ruiseñores que cantaron la bondad humana.... El parque abandonado del ensueño reconquista y cautiva al viajero ingrato que regresa, con la dulzura del nido caliente en la noche de intemperie. La experiencia positiva de la vida nos enseña la mentira del verso de Dante y podemos repetir con el bello glosador: «no es el mayor dolor de los dolores, en vano recordar tiempos mejores, desde el fondo del mísero destino».

Vivir aquella vida plena de felicidad en cuya bonanza surgieron estas líneas, en las que busco la mágica virtud de los recuerdos, hoy que la tristeza de las verdades limba el corazón y obliga a renovar las armas cambiando los horizontes, es conquistar el paraíso aunque no dure su imperio más que el tiempo breve de recorrer sus sendas, sean éstas las páginas de un pequeño librito....

DEL ECLECTICISMO AL ROMANTICISMO



DEL ECLECTICISMO AL ROMANTICISMO

Durante el amplio ciclo que abarca la poesía genuinamente nacional, tomando su orígen en la Revolución para extenderse hasta nuestros días, describiendo la extensa curva de una centuria concluída, se insinúan, en su primer mitad, dos tendencias o escuelas literarias, antagónicas, que, por la intensidad con que arraigan y la unánime aceptación con que son especuladas, definen las características de dos períodos perfectos, correlativos a cada una de ambas orientaciones poéticas. El eclecticismo y el romanticismo; el uno que, proviniendo de las creaciones literarias del coloniaje, se prolonga en la era de la Libertad hasta muy avanzada la Revolución, para morir, paulatinamente, por la absoluta carencia de estímulos, motivos y excitantes, que la belicosidad de espíritu de la época fué determinando para ese género de especulación intelectual, cuya métrica, rima y contenido se avenían poco con las incipientes capacidades y la efervescencia de una psicología hondamente apasionada, que se vuelca, en verso o prosa, con la extrema liberalidad de las emociones intensas; la otra, que surgió, gallarda y varonil, como una musa de guerra, blasonada y pujante, del propio entrechocar de armas, pasiones y entusiasmos, tuvo por símbolo

de culminación el exotismo de todo cuanto significara patria, manifestándose el trasunto, cabal y fiel, del espíritu que alentaba a las generaciones de aquellas épocas.

Durante el espacio de tiempo en que se extiende el dominio del coloniaje en las Provincias del Río de la Plata, las producciones literarias no alcanzan a indicar la existencia de un ambiente espontáneo de superioridad de sentimiento e inteligencia; la poesía es casi nula, constituída por piezas de un reducido alcance filosófico, de ingenua trama y sin méritos de rima o de retórica. Producciones en que predominaba un eclecticismo chato y monótono, sin savia ni vigor, desposeídas de las bellezas de la poesía original. Fué así que, salvo uno que otro ensayo — poema o verso de excesivo valer con relación al ambiente de cultura — no puede aseverarse, con entera verdad, que la poesía haya existido durante el coloniage.

Mientras en los Virreinatos de Méjico y del Perú, la noble especulación de las artes y las letras se desarrolla y encarna, llegando a extraordinarias manifestaciones en la patria del insigne dramaturgo Pedro Ruiz de Alarcón, el sentimiento de lo bello y lo sublime parece dormir entre nosotros, en intenso letargo, el sueño pesado e infecundo del coloniage, armonizando, a maravilla, en una admirable adaptación común, la vida mezquina y reducida de aquellos antepasados, sobre los que predominaba la carencia absoluta de las pasiones que ennoblecen y elevan

la lucha por la vida, con el estado de su cultura moral e intelectual, cosas ambas que debían engendrar, para el futuro, las leyes que, fatalmente, rigen nuestra evolución sociológica.

La literatura de un pueblo es determinada por los diversos factores sociales, políticos y de cultura, que constituyen, en conjunto, el alma o espíritu nacional, o, sea, una armonía de ambiente, formada de cosas y hombres, en que ha de impregnarse la poesía, en que buscaran las musas el metal precioso para tallar los versos, que serán, así, genuinamente nacionales, reflejo de la naturaleza, de las ideas y las tendencias que flotan y palpitan en derredor, ya que el supremo mérito de la poesía es idealizar, superiorizando, realidades, para empujar lo humano hacia un oriente de perfección. La época produce, como resultante natural, al poeta o pensador, y éste debe acatarla en calidad de material para sus creaciones. Es muy difícil, o casi imposible, substraerse a la influencia que el medio ejerce sobre las concepciones del cultor, que siente, fatalmente, la presión de las circunstancias porque atraviesa la sociedad y él como uno de sus infinitos mecanismos: la originalidad, que aquilata el genio, es harto limitada.

No es dable, ni lógico, la existencia de una literatura con hondas ramificaciones y asentada sobre sólidas bases, manifestando un alto grado de civilización, en una sociedad en que apenas si se percibe el sentimiento de sociabilidad, en que las corrientes de vida, ténues y remansa-

das, se agitan bajo la impulsión de móviles estrechos y mezquinos, en que el individüo cobra ascendiente sobre las informes aspiraciones de la masa, que carece de ideales comunes que la orienten en una tendencia dada, moviéndose, sintiendo, pensando todos sus componentes como si fueran un superorganismo, un organismo sui generis, con un solo cerebro y corazón. Si no existe comunidad en los estímulos de la vida general, si no hay unidad en el pasado histórico y en los intereses del porvenir, si no existen lazos trascendentales que liguen y estrechen los hombres entre sí, presentándose sólo la sociedad como un gregario mecánico-automático, no es tampoco posible que se revele la iniciación poética con caracteres típicos de originalidad.

Y tal acontecía en la época colonial. Si penetramos en ella, con un minucioso análisis, fácil nos será observar, luego, sus rastros, como resabios de ese pasado obscuro, en las producciones de todo género que surgieron en la época inmediata subsiguiente, y aun en el romanticismo que ya tiende su vuelo, libre y vigoroso, hacia el nuevo horizonte que encerraba los primeros mirages luminosos de nuestra aurora literaria. De idéntica manera como una legislación absurda para pueblos, simplísimos e incipientes, que recién surgían improvisados por la audacia del conquistador, unida a circunstancias especiales de vida y desarrollo, desempeñó el rol de factor esencialísimo de nuestra composición sociológica, las condiciones del medio de la colonia, en su triple manifes-

tación esencial de existencia positiva, intelectual y moral, imprimieron su sello a la literatura de la época posterior. De entre tantos rastros que descubre el prolijo observador, surge, con carácter relevante, un especial dejo místico religioso, que desciende, a las veces, a la más crasa y vulgar superchería, que matiza las producciones de los primeros cultores románticos, cosa que no es más que una correspondencia o supervivencia del imperio absoluto y rudo del jesuitismo, que extendió su acción impositora hasta muy avanzada la independencia patria, manteniéndose, aun hoy, sin recordar nuestra generosa constitución, como un fantasma pernicioso que contradice la superioridad de espíritu y de inteligencia.

En los Estados Unidos la historia nos presenta la sociedad bajo un aspectó enteramente diverso: el aluvión primero que dió fundamento a las colonias norteamericanas estaba compuesto por escogido núcleo de nobleza tradicional, gentes ilustradas y de culto y refinado espíritu, que huían los rigores de la intolerancia, importando a las vastedades del nuevo continente el germen psíquico de libertad y aristocracia templada, propio de la raza anglo-sajona, y con él el carácter audaz, emprendedor, vigorizado por el poder de intuición para comprender la vida positiva del pueblo británico. Nada más natural, luego, si arrancamos de su orígen las consecuencias, que el noble y superior espectáculo que presentaron las colonias en su desenvolvimiento

futuro: plasmadas en un germen hecho a grandes destinos, sus moradores discutían los altos fines de la vida, las especulaciones filosóficas encontraban amplia escena de vasta civilización, las actividades eran ejercidas con entera independencia y decisión individual, el medio de cultura progresaba incesantemente y el hombre no se preocupaba con exclusividad del comercio al menudeo y del contrabando, sino también de la información científica, de los grandes problemas que interesaban a la humanidad en aquella sazón, de la política, el derecho, la legislación, y la sana potencia del pensamiento se reflejaba en sus industrias, en su comercio, que bien pronosticaban la nación del porvenir. En tal sociedad, crisol en que se funden y bullen cuantas aspiraciones y necesidades se despiertan en el hombre, en buena hora que la literatura arraigue y crezca con fortaleza y virilidad.

Nuestra sociedad colonial era la antítesis más acabada de aquel coloso del Norte. ¿Y cómo buscar en ese arbusto endeble y carcomido el fruto lozano de la poesía?

En efecto: pocas y distanciadas fueron las manifestaciones literarias de alto genio. Prescindiendo de la hojarasca dialéctica de ensayos de relativa felicidad literaria o filosófica, necesariamente tenemos que converger en quien fué la culminación del pensamiento y la cultura lírica y dramática: Manuel José de Labardén. Poeta que cultivó la lírica en la tragedia y el verso, tuvo

el mérito excepcional de lanzar su fantasía a recoger inspiraciones en las fuentes más pródigas y abundantes de nuestra naturaleza y de la historia de su pueblo. Supo labrar, así, su personalidad imperecedera en dos creaciones eminentemente nacionales, esencialmente exóticas, por el motivo de especulación y sus finalidades derivadas: la Oda al Paraná y la tragedia Siripo. No obstante que su verso adolezca de un marcado y profundo seudo-clasicismo, sus producciones no carecen de inspiración y de fuerza literaria, dimanadas, más que de la virtualidad misma de su poesía, del entusiasmo y pasionismo que se desprende de los asuntos que selecciona de predilección, y que, por surgir de nuestra propia naturaleza o de los recuerdos tradicionales, poseen, por siempre, el interés sugestivo de las cosas propias.

Pero, llegado el momento en que la América toda rompe el tutelage de la vieja España, inaugurando la noble lucha de la independencia, fiel a la variación política y social, la poesía argentina se transforma e invade el nuevo escenario que se extiende ante su vista. La libertad con sus felices presagios, la lucha titánica que se entabla entre los guerreros improvisados de América y los veteranos paladines de Castilla, la transformación política y el ascendiente militar que sacuden hondamente las conciencias y las pasiones sociales, la imprevisión del futuro inmediato y el enardecimiento del espíritu por las realidades de libertad y gobierno, fueron el amplio

y complejo paisaje que se ofrecía al pincel del inspirado.

La poesía cobró, entonces, naturaleza substancial y espontánea, desde que una fuerza de potente vitalidad sociológica la impulsaba y mantenía.

Entre los poetas que florecen cultivando la poesía patriótica, con tendencias al romanticismo, se destaca, en virtud de los acontecimientos, don Vicente López y Planes, cuyo Himno Nacional, prescindiendo de su mayor o menor mérito literario, es imperecedero e inviolable por haber sido consagrado por generación tras generación, en épocas de lucha apasionada y de intenso sentimiento patrio. El poeta se ha glorificado bajo la aureola de su himno, y el vasallaje que el espíritu nacional rinda a su canción patria, ha de llegar, por siempre, hasta la memoria de su inspirado generador, eminente patricio por la nobleza de sus sentimientos y la excelsitud de sus virtudes cívicas.

A la par de López y Planes, pasando sobre Cayetano Rodríguez y varios dignos competidores de la rima, surgen en una etapa superior de especulación literaria, Juan Crisóstomo Lafinur, que en estrofas sentidas y profundas llora la muerte de Belgrano, y el malogrado poeta Estéban de Luca, que falleció en la travesía a Montevideo, inspirando la bellísima poesía «El Arpa Perdida» a Andrade, quien cantó, con verbo elocuente y vigoroso, los triunfos de los libertadores en Maipo y Chacabuco, e inmortalizó la independencia de

Lima en aquella oda sublime que se inicia con la soberbia sentencia:

«No es dado a los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio»....
. . . .

Pero el poeta por excelencia, el cerebro de mayor potencialidad y el espíritu más templado de la época, que había recibido la iniciación en el templo de los genios, fué, sin duda alguna, Juan Cruz Varela.

Exquisito y delicado, artístico y pletórico de imágenes, la expresión respondía con fluidez a los estados de ánimo que deseaba expresar y, aunque se resienta de un marcado pseudo-clasicismo, pocas joyas literarias han escalado las alturas de su brillante y conceptuosa Oda a la Batalla de Ituzaingó.

He aquí algunas estrofas de otra de sus poesías en que se retrata con mayor firmeza la magnitud y exquisités del poeta:

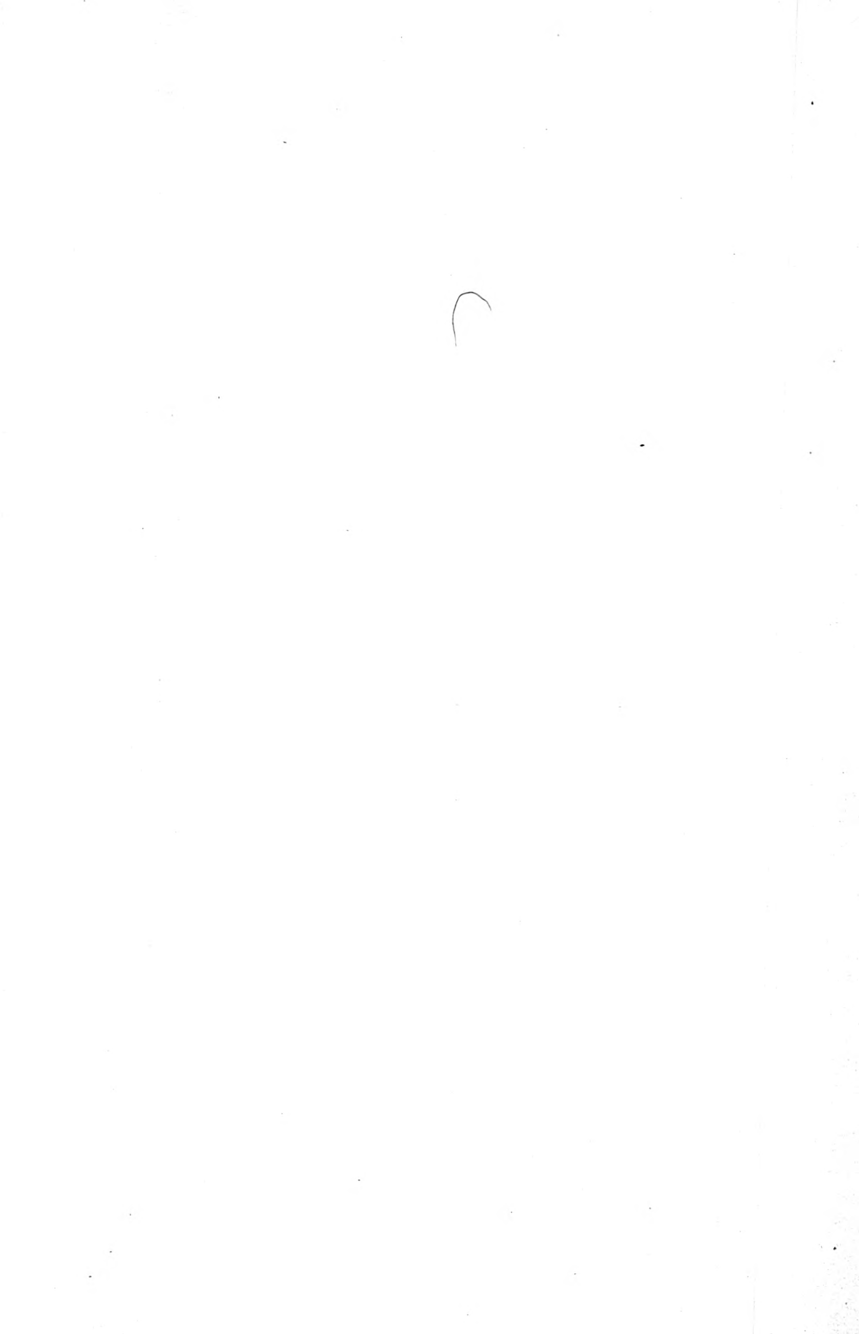
«Tiemble la hermosa, cuando triste al lado
De su querido el corazón le lata;
Que contra el ruego de un amante amado
Es imposible que el rubor combata.
El primer beso, a la modestia hurtado,
El primer nudo del pudor desata;
Que arrancada a la flor la primer hoja
Un hálito del viento la deshoja».

Escúchense las estrofas con que Varela elogia la mujer porteña:

«Buenos Aires soberbio se envanece
Con las hijas donosas
De su suelo feliz; así parece
Cual rosal lleno de galanas rosas
Que en la estación primaveral florece.
Todas son bellas, y la mano incierta
Que al rosal se adelanta
Una entre mil a separar no acierta
Entre la pompa de la verde planta».

. . . .
. . . .
. . . .

EL POETA Y SU OBRA



EL POETA Y SU OBRA

I

Como la emoción de temor, sumisión, idolatría, que se yergue en el ánimo del creyente bajo la influencia del fanatismo, de la majestad de lo desconocido, al ir a ofrendar ante los altares de sus dioses, envueltos en el silencio místico de las grandes catedrales, así intensa, exclusiva e indefinida, es la impresión que sobrecoge y exalta, delante de la perspectiva luminosa de penetrar, profanamente, en ese templo sacro por excelencia, poblado de ideas que sólo el iniciado alcanza, con rumores de besos y revuelos de cóndores, exquisiteses y dulzuras evocadas en la sombra, impregnado con el perfume excelso de las divinas creaciones, antro pavoroso en que se hunde el pensamiento en un descenso ilimitado, cielo diáfano, sereno, puro, ese misterio indescifrable, esa liturgia intrincada, alma de mujer y garra de león, todo misterio, esperanzas, ilusiones, ideales, dolores y desengaños, todo eso, que es posible sintetizarlo en una sola expresión, tanto más majestuosa cuanto sencilla: el alma del poeta.

El poeta es el compendio de lo divinal, la ascensión al infinito. Su gloria es la del sol: iluminar; su ideal: la redención, el amor; su escu-

do: la idea envuelta en el nimbo de la estrofa; sus eternas hermanas: el martirio y el desengaño, con su mueca de despecho. Penetrar su alma es arrancar su misterio a las estrellas que cintilan en el espacio, descifrar el enigma torturador que duerme en las profundidades de las miradas que acarician, como una exhalación de perfumes, de la pupila negra y tenebrosa, de ojos rasgados de mujer. ¿Y quién ha de levantar el velo que misteria las magnificencias del poeta?

Y don Estéban de Echeverría alcanza a las máximas proporciones de un poeta genial, dentro del ambiente de su época.

Su alma lírica, que se asoma a sus estrofas, las vibraciones secretas e íntimas de su espíritu, el torbellino de las ideas que se agitan en su mente y el maremagnum violento de sus pasiones, se sienten reflejar en lo más recóndito de nuestro ser, nos agitamos al unísono del poeta, tanto que el lenguaje resulta mezquino y rebelde para expresar con palabras la idealidad de esas emociones luminosas.

Poseía el secreto de las suaves y exquisitas modulaciones de la frase, de la rotundez y sonoridad de la estrofa; sus versos, conceptuosos y sentidos, se deslizan con la fluidez y murmullo de la corriente que discurre entre arcadas de verdura; la rebeldía de su conciencia, ante la humana injusticia, la manifiesta en estrofas cálidas de entusiasmo y vibrantes de energía, y pocas veces el pincel del paisajista trazó en el lienzo del verso aureo, con mayor brillo y lu-

cidez que el suyo, las llanuras infinitas de la patria surcadas de selvas vírgenes, que de cada rama levantan un himno incesante de vagas y rumorosas armonías.

En sus estrofas se aunan en íntima conexión la sensibilidad del poeta y el intelecto del pensador; garrulas y hermosas, fascinadoras en sus giros voluptuosos, admirables por su sencillez y vigor, revestidas de todas las galas e ingenios que cincelan con delicadeza la frase, resalta en ellas, con mayor fuerza, como la luna en el esplendor de las estrellas, la potencia y profundidad del pensamiento generador de la forma aérea y fugitiva, que brilla y se impone.

Sus versos respiran esa suave melancolía de los grandes talentos; tristes y heróicos, reflejan, con notable criterio penetrativo, las congojas y dolores porque atravesó su patria en esa época de infausta recordación, en que pesaba sobre ella el hacha lúgubre y sanguinaria de la tiranía.

Tuvo la intuición de los dolores tenaces, que se aferran al espíritu hasta imprimir su huella perdurable, como de las pasiones turbulentas e infortunadas que parecen exprimir las entrañas hasta agotar todas las sensaciones de lo noble que pudieran encerrar, para arrojar su presa a la desolación y la amargura; y se sienten palpitar en su poesía como espectros de una dicha fenecida con magníficos mirajes a un porvenir de esperanza. Su estro delicado y supremo supo encontrar el resorte de las almas, y, rompiendo el desprecio de los poetas anteriores, explotar el

manantial inagotable de bellezas que se esconde en el infinito misterioso de la pampa, en la inculta majestad de las selvas, pomposas, abigarradas y fecundas, en las tradiciones argentinas que respiran el sabor amado de la tierra de antaño, suntuosa de glorias, en las escenas de las tribus salvajes de los páramos de nuestra naturaleza, y el esplendor y la fama de la Argentina voló a través de los mares al viejo continente, envuelta en el delicioso perfume de sus rimas.

Fué el pintor de nuestra naturaleza patria. Cantó sus glorias y su pasado; fustigó con sus dicterios e invectivas a los tiranos, e interesando en todas sus poesías a la patria, logró inculcar, generalizándolo, el sentimiento de respeto y cariño por la tierra en que se ha nacido. Echeverría comprendió en su mayor latitud la misión del poeta, y desde su tierna mocedad se aplicó a consagrarla con sus actos. Creía que las poesías de corta magnitud, por lo general expresivas de sentimientos o estados particulares del espíritu, no llenaban en manera alguna el alto objeto a que está destinado el bardo. Sus canciones no eran concienzudamente elaboradas para proporcionar solaz y esparcimiento a los espíritus, sino que iban dirigidas a las masas, a los pueblos, con un noble ideal de regeneración y progreso, para impulsar las sociedades a la conquista del porvenir. Y el poeta argentino pensaba, sensatamente, que esto sólo le era dable a las composiciones poéticas de considerable magnitud, porque de este modo podían diseñarse y

desenvolverse los caracteres con especificidad y precisión, señalando los vicios y enalteciendo las virtudes; y en verdad que se mostró consecuente con su principio, pues durante su larga estadía en Montevideo, no salieron de su pluma privilegiada sino poemas de gran aliento, que debían labrar su gloria inmortal.

Fué poeta nacional y humano, en toda la acepción del término. Y más aún que dulce rimador de ensueños y delicias: fué un poeta en acción. Con los insipirados arranques de su lira, mantuvo latente la energía del patriotismo, retempló mil veces los espíritus en los días aciagos de las cruzadas libertadoras, y allí donde brillaba la victoria con sus marciales claridades o una nueva catástrofe hundía en la desolación a los esforzados adalides, él no faltaba jamás, como el genio del bien, para repartir la recompensa o sublevar el alma, en la desgracia, a los acordes soberbios de su musa.

Amante de la libertad, descendía en alas de su genio a la resaca de la masa humana, a la de los desheredados, vertiendo la sugestión preciada que restaña las heridas del alma y eleva y reconforta, y, con las solemnes clarinadas de su trompa épica, hacía vibrar los sentimientos íntimos, las ansias secretas que dormían aletargadas, en marasmo, en los espíritus débiles y temerosos, para que, triunfales, hicieran irrupción libérrimas y selváticas.

Nunca la idea, la inspiración y el hecho, se vieron tan unidos, tan acordes: el último era

la natural correspondencia de aquéllas que, como los rayos sobre la superficie tersa de una linfa, doraban y burilaban la vida del romántico soñador.

Alrededor del poeta se había formado un nutrido y sélecto círculo de admiradores que recogían de los labios proféticos y en las profundas producciones del maestro, la cultura y el carácter, la nobleza y el patriotismo y el amor a la libertad, las energías y la virilidad del luchador infatigable, que pensaba que abstenerse de entrar en la contienda, era más que deserción: era cobardía; y todo ello envuelto en la sutil atracción del verso.

Echeverría, llevado de los impulsos de su genio que suspiraba horizontes nuevos y fecundos, y sintiendo que sus sentimientos e ideas no cabían en los moldes legados por las generaciones pasadas y las proyecciones cada vez más tímidas del parnaso español, sombreado ya por los nuevos astros que surgían en el cielo de la poesía moderna, rompió, en absoluto, el ritual tradicional, para lanzarse a beber, a pulmones llenos, la brisa tibia y melancólica del verso de Heine, Espronceda, Schiller, Goethe, marcando una fuente de riquezas inexplotadas al poeta del futuro.

Don Estéban de Echeverría no sólo se debió a la humanidad, sino que fué eminentemente argentino. Los episodios nacionales, la lucha contra la tiranía, las costumbtres históricas, las bellezas de nuestra tierra, el valiente habitador de la pam-

pa, el porvenir, la patria, todo lo que contribuye eficazmente a despertar los instintos individuales que formarán la psicología de la familia, de las masas, del pueblo en su totalidad, elaborada y purificada en la escuela, constituyendo el alma o psiquis de nuestra raza, vibró en su lira con timbres altivos y sonoros, impregnados por el sello suave de su melancólica tristeza.

De temperamento místico, arrebatado por las grandes pasiones, Echeverría sintió el fuego de los amores puros y profundos, mientras luchaba con su ambición de gloria, que había de consagrar su memoria perdurable. Sentía su mentalidad enardecida por legítimas ansias de claro renombre, y siendo esta ambición el fanal prodigioso que alumbró por completo su vida de artista, bien pudo escribir aquellos versos del lírico castellano, que expresara su sentimiento de grandeza en el lenguaje simbólico de su pluma al terminar su oda «Gloria y Grandeza»:

«¡Gloria, esperanza! Sin cesar conmigo
Templo en mi corazón alzaros quiero;
Que no importa vivir como el mendigo,
Por morir como Píndaro y Homero».

Echeverría auna la inmortalidad del talento a la suprema abnegación de sus virtudes y patriotismo, puesto de manifiesto en su larga obra de pensador y cruzado de la libertad argentina; fué un espíritu delicado y elegido, que soñando con

la paz bonancible del hombre superior, vivió en medio a las más crudas luchas en que desbordaban las pasiones partidistas, y poeta y soldado, tan pronto alternaron en su mano el cincel sublime con que modelara la faz melancólica y sombría de «La Cautiva», como el sable del combatiente que defendiera la honra y la libertad de su patria y de su musa.

Su vida fué triste y llena de amarguras, como debía serlo la existencia del ser superior en aquellos tiempos de villanía y salvajismo, en que la traición y el crímen eran virtudes, y todas las abominables bajezas del espíritu humano habían formado el culto más burdo y bastardo al pie de cuyos altares se arrastraba inconciente la muchedumbre degenerada.

«En la temprana muerte de Echeverría se han malogrado un hombre y un talento. Su corazón era tan puro y elevado como brillantes las facultades de su inteligencia: asociación rara de cualidades en nuestra América, tan fecunda en talentos, como estéril en caracteres». Bien dijo don Félix Frías.

Su muerte, acaecida en enero de 1851, llenó de consternación general a los habitantes de Montevideo, a cuyo frente había luchado por sostener la libertad, y tanto la clase culta, como el pueblo, el gobierno, las instituciones oficiales, rindieron su último homenaje a los restos del poeta, acompañando el féretro mortuorio hasta el cementerio de la ciudad, en donde la elocuente palabra de Mármol y otros, recordó con relevan-

tes caracteres la elevación de sentimientos, el patriotismo y el talento del malogrado poeta Echeverría.

II

De vuelta de su viaje a Europa donde se había dedicado con entusiasmo al estudio de las letras y la filosofía, entregándose por completo al romanticismo que imperaba a la sazón, al mismo tiempo que por su alta posición social frecuentaba en Francia los salones de Laffite, bajo la restauración, en los que se reunían los más eminentes talentos de la época, como Benjamín Constant, Destut de Tracy, etc., quiso dar muestra a sus compatriotas del Plata de su genio literario.

En efecto, publicó un pequeño poemita titulado «Elvira» o «La novia del Plata». Echeverría, que había importado a su país las doctrinas y gustos de la escuela romántica, abandonóse en su «Elvira» a los arrebatos más monstruosos de la fantasía, a las concepciones más estravagantes de una imaginación desequilibrada, dando cima a una obra deforme que a pesar de ir escudada por el entusiasmo de su autor, no logró conquistar la admiración con que el poeta soñaba.

Fué recibida con el silencio que nos merecen las cosas harto comunes. Si bien es cierto que las circunstancias turbulentas de guerras civiles y

constante agitación política porque atravesaba Buenos Aires eran poco propicias para que cundieran y fueran juzgadas con recto criterio las obras literarias, es aún mayor verdad que nuestra «Elvira» carecía en absoluto de mérito literario, siendo el engendro de un ultra-idealismo, de un romanticismo desenfrenado, en que figuran dos amantes asistidos por una turba de seres espirituales, satánicos, que terminan su cometido místico y ridículamente irreal, con la muerte de la heroína adorada, a cuya tumba arrastra (para no violentar la rutina tradicional) a su amante, que se desploma en el cementerio sobre el féretro sombrío.

El efecto que produjo esta obra fué una completa desilusión para Echeverría. Sin embargo, no se desalentó. Estudió con esmero y profundidad los autores geniales, se empapó en la filosofía de los libros que por primera vez eran introducidos en el Río de la Plata, y a costa de una enérgica voluntad y trabajo constante, logró moderar su idealismo ultramontano que lo llevara a tales aseveraciones literarias, compentrándose del fondo de la verdadera poesía, que le descubrió la lira de cuyas cuerdas habían de brotar, en dulces raudales, las armonías de la tierra americana.

Fué más bien una ruda lección del destino y la naturaleza, para que volviera a sus misterios y bellezas incultas sus ojos de poeta que antes los desdeñara.

En el año 1834 dió a la prensa un volúmen

de poesías diversas, bajo el rubro de «Consuelo». Poesías líricas, agrupadas en la denominación mencionada, predomina en ellas el tono lúgubre y melancólico del poeta desilusionado, que bien expresa la esencia de sus cantos con estos versos de Ausias March traducidos por Luis de León, colocados al frente de su obra:

«No vea mis escritos quien no es triste
O quien no ha estado triste en tiempo alguno».

Composiciones de un carácter superior en que ya se revela el talento poético de su autor, y que si no presentan versos potentes y robustos, dan en cambio a gustar la delicada miel de las dulces y suaves modulaciones de la frase.

El poeta, no obstante la sed insaciable que lo devora de gloria parece haber perdido sus esperanzas de un futuro inmortal y solo se decide a luchar con la rima y la expresión para procurar a su espíritu el bálsamo apetecido que restaña sus dolores, y demanda del porvenir el silencio y la paz que se cierne sobre la memoria de los justos:

«Tú, numen de infelices, Dios de olvido,
que a la nada presides misterioso,
encubre con tus alas silencioso
el sepulcro de un ser desconocido».

Sin embargo, la realidad no respondió a la

forzada voluntad del bardo, contrastando sus augurios con la más risueña popularidad que despertaban «Los Consuelos» por doquier, versos, de una fluidez maravillosamente natural, en que la armonía y la consonante surgen sin artificios, sin violentar la frase, como un accidente increado que realza y engalana la estrofa. Las siguientes estrofas de «El Pensamiento», pueden dar muestra sobrada de ello:

«No descuello en los jardines
Como los albos jazmines
O las rosas;
Pero me buscan y admiran
Me contemplan y suspiran
Las hermosas».

Si bien «Los Consuelos» no sobresalen por la versificación, las grandes ideas y los sentimientos profundos, se recomiendan por la dulzura y suavidad del lenguaje, cualidades ambas unidas a una sencillez encantadora. Su mérito proviene más de las circunstancias en que fueron publicados; los espíritus hastiados de las monótonas y pesadas imitaciones pseudo - clasicistas, de una literatura impregnada plenamente del Renacimiento español, encontraron en los versos de «Los Consuelos», creaciones desconocidas, una inspiración liberal y realísima, escritos en un estilo fluido y sencillo, imágenes, pensamientos, metáforas, espejismos y delicadezas en la intención y desa-

rrollo del verso, hasta entonces ignoradas, que sabían a flores desconocidas cuyo perfume recién les era dado respirar.

Los versos de Echeverría tienen la fragancia embriagadora de selvas agrestes y salvajes, perdidas en el vago horizonte de la pampa. La novedad de esta inspiración potente dotada de forma en moldes originales, que tanto contrastaba con la cadencia pesada y fatigosa de los empalagosos remedos clásicos, la variedad lúcida y espléndidamente combinada de los giros, con la mayor naturalidad, como diáfanos tintes en un cielo de primavera; la profunda voluptuosidad del sentimiento que nos hace sentir y pensar con el autor, la docilidad de la rima exenta de brusquedades y los arrebatos nobles de la pasión, que no escasean para un temperamento inclinado a la melancolía, labraron rápidamente la gloria que debía alentar al bardo americano.

Sus composiciones «La Historia», «La profecía del Plata», «En celebridad de Mayo» y «A la Independencia Argentina», no obstante estar atacadas de un ligero pseudo - clasicismo que a menudo amenaza hacerse crónico, están nutridas de ideas elevadas y sentimientos nobles, y envueltas las estrofas en una cierta rotundez y energía que incitan a expresar los estados de ánimo que despiertan en nosotros con el asentimiento del gesto y el ademán, a la par que nos embargan en una laxitud de bienestar indefinible. ¿Quién no siente compenetrarse de la armonía exquisita y suave que respiran «Los Consuelos», tan dulce

e impresionante como los propios sentimientos que reverdecen en el alma?

La elocuencia del estilo, como asimismo la facilidad de la expresión, revelan al poeta que sabe pensar profundo y claro, y trasmite el pensamiento a la palabra sin desmerecer en nitidez. Echeverría inicia cada pieza poética con el verdadero conocimiento de la entonación que más le conviene, y sabe guardar las realidades en las mayores ficciones de su musa. El buen gusto literario, propio de su fino temperamento de poeta, predomina en todas sus producciones; el uso acertado de las hipérboles y tropismos que en sus manos aumentan siempre el mérito de la obra, la elevación de sus emulaciones, y muy especialmente la pureza y moralidad que se cierne sobre los inspirados trozos de «Los Consuelos», son cualidades estimadísimas que realzan y comunican vigor a la idealidad de su poesía.

«Mi destino», como «El crepúsculo en el mar», son de aquellas poesías en que se traducen las ideas e imágenes subjetivas del autor, con tan vívidos colores de verdad y concisión psicológicas, que nos inducen a concebir el dolor y la alegría que ellas expresan.

En fin, añadiendo a las antes mencionadas «El recuerdo», «La melancolía», «Estancia», «El clavel del aire», «El poeta enfermo», «El y Ella», «Deseo», «A María» y otras pocas, tenemos de manifiesto las poesías de «Los Consuelos» calificables de superiores entre las demás, en que

Echeverría se muestra en toda la magnitud de su ingenio de inspirado de alta nota.

Antes de concluir, daremos a gustar la muestra de una delicada joya, que compendia, por decirlo así, toda la ternura y suavidad admirables del poeta, vertidas en su «Diamela»:

«Dióme un día una bella porteña
Que en mi senda pusiera el destino,
Una flor cuyo aroma divino
Llena el alma de dulce embriaguez;
Me la dió con sonrisa halagüeña
Matizada de puros sonrojos,
Y bajando hechicera los ojos
Incapaces de engaño y doblez».

¡Cómo halaga los sentidos y arranca un suspiro de entusiasmo, rociándonos con su frescura y esplendor de aurora luminosa que se levanta en el horizonte obscurecido de la noche, cuando la mente se empecina en traernos recuerdos de un pasado fenecido!

El mérito principal de «Los Consuelos», como ya lo he expresado, consiste esencialmente en la dulzura y delicadeza de sus versos, en la fluidez armoniosa y natural, que bien eran nuncios augurales de un futuro cercano en que el genio del poeta se desdoblaría en prodigiosas creaciones.

III

Extrenada su gloriosa reputación con el hermoso libro «Los Consuelos», Echeverría prosiguió con ardor su obra de trabajo dando a la publicidad una colección de poesías diversas glosadas en la expresión genérica de «Rimas», trabajos compuestos en épocas distintas, con el mismo fondo de sincera y triste melancolía que caracterizan sus anteriores producciones, y guardando, por todos conceptos, una marcada similitud con la obra que le abriera el camino de la fama.

Sin detenernos mayormente en ellas, puesto que les son aplicables en absoluto las consideraciones formuladas en la suscinta crítica de «Los Consuelos», citaremos como muy dignas de especialísima mención, las poesías tituladas «Himno al dolor», «Canciones», «Al corazón», «Rosaura», «Ultimo canto de Lara», «Desolación» y «A la juventud argentina».

En este nuevo libro de versos, la lira del poeta, que solo parecía destinada a las dulces y melodiosas modulaciones de la frase, mostró que también cuando sus cuerdas se agitaban al impulso de ideales altos y nobles que llevan el ímpetu de las pasiones, sabía entonar el épico sonido de la trompa en la soberbia pauta de las estrofas pindáricas.

Y como inevitable peldaño hacia la gloria a que ascendía el poeta, apareció «La Cautiva», poema grandioso por su fondo, elocuente y brillante por su forma, genuinamente argentino, en que se ha trazado con magistrales pinceladas la vírgen naturaleza de la pampa sombría y solitaria.

El notable poeta y crítico español don Alberto Lista, insigne maestro de los eminentes bardos americanos Ventura de la Vega y Felipe Pardo, ha pronunciado su juicio, por demás respetable, elogiando sin ambages la obra del literato argentino, que ofreciera abundante inspiración a pintores que, como Rugedas, han sabido transportar al lienzo los paisajes a cuya descripción da lugar cada una de las escenas del poema.

En los comienzos de este somero estudio al detenernos preferentemente, como una ampliación ineludible, en el carácter y condiciones que ha asumido la poesía elevada, cualidades que han constituido la gloria en general de los poetas antiguos y modernos, señalamos especialmente que aquélla debe traducir en la elegancia de las imágenes la viva y pura realidad, rechazando como elemento primario los paisajes forjados en el mundo subjetivo de la inteligencia, bajo la acción del temperamento o las narraciones novelescas.

Y lo que establecimos respecto de la naturaleza igualmente lo consignamos, asistiéndonos aún mayor justicia, en la representación de los sentimientos humanos. El poeta es psicólogo por temperamento: pero rara vez posee conocimien-

tos profundos de la psiquis de los hombres, no ha adquirido la facilidad del observador concienzudo y erudito para seguir y determinar los hilos de esa maraña intangible que se escapa a las miradas, para leer en el alma con la certidumbre del investigador experimentado y el conocimiento del sabio que desentraña la inmaterialidad del individuo, con la misma precisión y seguridad con que efectuaría su escalpelo una difícil disección del sistema nervioso, y, por lo tanto, toda su personalidad de psicólogo, de conocedor de las conciencias, estriba en su carácter intuitivo, en su delicadeza de espíritu que lo predispone a percibir y reproducir las sensaciones externas con una mayor facilidad, y ese algo de vidente, de profeta, que le brinda el íntimo connubio de su mentalidad poderosa con su espíritu superhumano, digámoslo así, que crea en él, paulatina, gradualmente, la acción de las impresiones venidas del mundo externo sobre su inteligencia. Y así, armado de ese caudal natural, se lanza a las más atrevidas y audaces especulaciones filosóficas y psicológicas, cuya crasa falsedad disimula admirablemente en el hermoso decorado de los versos.... ¡Cuánto más le valdría para el mérito de sus obras, unir al talento del poeta la ilustración del psicólogo!

Los caracteres resultarían diseñados con mayor claridad y nitidez; los hechos, las escenas, las sensaciones se sucederían en una natural correlación y no nos sería ya necesario un esfuerzo imaginativo para concebirlos en la vida real,

sino que los sentiríamos vivir, agitarse, palpitar en derredor nuestro, sin que el dejo ficticio que le imprime la poesía, sea causa a menoscabar su realidad, tangible, palpable, visible. Shakespeare, Goethe, Schiller.... fueron ante todo grandes psicólogos, en cierto modo improvisados, es verdad, por el medio que modeló sus capacidades; pero es de hacerse la muy común advertencia de que, en nuestra humanidad, muy poco abundan los Shakespeare....

Y así como los poetas en la interpretación de los sentimientos propios y ajenos, se abandonan con frecuencia a los delirios de su fantasía afectiva, igual cosa ha pasado de tiempo atrás con los paisajes de la naturaleza, que en lugar de admirarla y escudriñarla con los ojos que les ha dado la creación, en toda la amplitud y esplendor de su belleza, se han acostumbrado a contemplarla a través del prisma, poderoso, en verdad, de los cerebros de los grandes poetas, que surgen como escasos faros luminosos en el camino de la humanidad. Homero, Virgilio, Milton, Dante, Petrarca, Heine, Byron, Víctor Hugo, Lope de Vega, Luis de León, Quintana, Zorrilla.... Reunidos todos tendremos la naturaleza para los poetas de nuestra era.

He ahí las dos grandes falacias de la poesía; y aun hasta los autores geniales han incurrido con lamentable frecuencia en esos errores que desmerecen tanto la belleza y la naturalidad de la producción, a pesar que para percibirlos necesitamos de una verdadera concentración mental

y estar avesados en la lectura de las obras maestras.

Ellos mismos, ¡cuántas veces no nos hacen vagar por paisajes sublimes, trazados con la gallardía singular de un hacedor, pletóricos de belleza y destilando esa embriaguez transportadora que nos sobrecoje y enmudece, peculiar de la poesía suprema, pero que son más el producto de su imaginación fecunda que de las fuentes reales de la naturaleza!

El bardo del «Don Juan», y «Ecos de las Montañas», cuando nos pinta con tanta belleza y realidad la ninfa que surge de las aguas mansas y tranquilas, hace a nuestras mentes evocar el paisaje, que aparece ante nosotros, sombreado en lo profundo de lo subjetivo, como si fuera un recuerdo velado por la distancia:

«Tocó en el haz del agua
Su cabellera blonda;
Quebró la frágil honda
Su frente virginal.
Dejó el agua mil hebras,
Entre sus rizos, rotas,
Y a unirse volvió en gotas
Al rico manantial».

O cuando hace cruzar los jinetes en lo espeso del bosque en la arrogante apostura de los señores del medioevo:

«Muerta la lumbre solar,
Iba la noche cerrando

Y dos jinetes cruzando
A caballo un olivar.
Crugen sus largas espadas
Al trotar de los bridones
Y vensen por los arzones
Sus pístolas asomadas.
Calados anchos sombreros,
En sendas capas ocultos,
Alguien tomara los bultos
Lo menos por bandoleros.
Llevan, porque se presuma
Cual de los dos vale más,
Castor con cinta el de atrás
Y el de adelante con pluma».

¿Quién es aquel que no ha entrevisto una esperanza, que no ha sentido renovarse los recuerdos de dichas pasadas y elevarse el porvenir en risueños horizontes; que no ha dado libre curso a su amargura y ha sonreído de amor entre suaves caricias, reclinado bajo el follaje, adormecido por el tibio rayo de la pálida luna, la mística y melancólica soñadora? Mirad el cuadro que nos distiende Fallón, en las pinceladas ideales de su palabra maravillosa:

«Ya del oriente en el confín profundo
La luna aparta el nebuloso velo
Y leve sienta, en el dormido mundo,
Su casto pie con virginal recelo.
Absorta allí la inmensidad saluda,
Su faz humilde al cielo levantada

Y el hondo azul con elocuencia muda
Orbes sin fin ofrece a su mirada.
Un lucero no más lleva por guía,
Por himno funeral silencio santo,
Por solo rumbo la región vacía
Y la insondable soledad por manto».

He aquí la grande, la sublime producción; y esta es, a su vez, la gloria de Echeverría.

La poesía poderosa y profunda que nos da a sentir los misterios de la naturaleza, que nos presenta con verdad sus bellezas, sin desfigurarla con idealismos inverosímiles y fantásticas metáforas. En ella caben todos los tonos de la melodía, como asimismo los más varios estados del espíritu que pueden ser volcados con la mayor amplitud en la expresión de esa realidad, que se ofrece a todas las interpretaciones de la inteligencia, acentuándola y elevándola con la fuerza y galanura de la frase.

La poesía en su más extensa latitud, considerando su contenido extrínseco, puede sintetizarse en una sola expresión: la belleza. Y la generadora por excelencia de lo bello es la naturaleza.

Los poetas antiguos bebieron a raudales en esa linfa pura y bondadosa; pero de entonces a esta parte pocas y de muy escaso valor literario son las tentativas que se han llevado a cabo para describir las características, los accidentes notables de la naturaleza de un país o territorio determinado, hermanando esta poesía

descriptiva con aquella que determinan los sentimientos y las pasiones, encauzándola en la misma senda porque se desliza el torrente tumultuoso del espíritu.

Y la naturaleza de la tierra americana, en que se han dado cita todas las bellezas y todas las armonías para retocar su perfección, no podía ser excluída de esta regla, tanto más cuanto mayor es su magnificencia. Sus ríos tumultuosos que discurren en un himno inmenso entre arcadas de eterna primavera; las montañas colosales que sientan su planta en la soledad infinita, elevando su cresta entre girones de nubes a coronar su frente en el diáfano celeste, y a lo largo de cuyas laderas, desprendiéndose en impetuosos torbellinos que de breña en breña saltan y se enfurecen, mil torrentes entónanles un sonoro concierto de opuestas armonías; las selvas y florestas de vírgen castidad que surgen en las sombrías inmensidades de la patria, rompiendo lo monótono de la llanura; la pampa con su melancólica tristeza, que tan bien trasunta el alma del criollo valeroso, con su horizonte interminable y sus crepúsculos rodeados de soledad y silencio que invitan al recogimiento y desprenden la fantasía a vagar por mundos de místicas creaciones; la aurora con su eflorescencia suprema de vida; la tarde cuando el sol se reclina adormecido, como Vestal cansada, y el mundo se enmudece para guardar su sueño; la noche con el misterio de su augusta calma, con los sublimes idealismos forjados por la mente a los con-

juros de la pálida huésped de los cielos y esas rubias pupilas que iluminan la esperanza con el ambar azul de sus miradas.... Y don Estéban de Echeverría, con la intuición de su genio intensamente enlazado al espíritu de su patria que dormía en el fondo de sus sensaciones de poeta, comprendió como deber ineludible incorporar al arte y a la gloria las bellezas de su tierra natal; y la pampa misteriosa y sombría, con su dejo de melancólica ternura, que había hablado a su oído con el mudo lenguaje de las almas privilegiadas, en esas tardes emocionales de primavera en que la tierra rutila bajo el sensual abrazo del sol y todas las cosas desprenden sus armonías, cuando el poeta perdido en medio a las llanuras en el abismo de su meditación, seguía con las ductiles ondulaciones de su pensamiento las curvaturas inmensas del desierto; y el Plata, hosco y turbulento, que tantas veces le había murmurado en secreto la Eneida de los siglos, haciéndolo soñar en patrias predilectas aureoladas en un vago resplendor de triunfos e ideales, y levantara en momentos de opresión la desmayada virilidad del poeta infundiéndole el ardor de sus vorágines; y el gaucho pendenciero y arrogante, y el indio indomable, bravío y salvaje, tuvieron su asiento sobre el ala del cantor en su vuelo ascensional a los páramos infinitos de la inmortalidad.

Echeverría trasuntó en su espíritu, la nacionalidad; dióle a su lenguaje la vestimenta original de nuestras campañas, cantó con los acen-

tos nacionales, pensó con el pensar argentino, y describió las pampas, vertiendo sus elogios en las estrofas dulces de «La Cautiva».

Ya en «Los Consuelos» se respira ese aire a patria que tan bien sienta al espíritu, y si recorremos su prólogo, encontraremos este pensamiento sumamente sugestivo, que determina la tendencia del autor: «La poesía entre nosotros aun no ha llegado a adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo en la antigüedad y que hoy goza entre las cultas naciones europeas; preciso es, si quiere conquistarlas, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres y la expresión más elevada de las ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Solo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará a ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produzca».

En uno de los parágrafos de su estudio sobre «El arte de la poesía», añade: «La que se ha denominado descriptiva no es ni puede ser un género especial de poesía; porque la descripción pura y simple de la naturaleza o de la realidad no es por sí nada, sino en cuanto tiene relación con la inteligencia humana, con el hombre....

«La creación por sí sola, qué es? — Nada. Pero el hombre la contempla; su pensamiento la abarca, y entonces es la obra maravillosa del increado, de Dios — es algo hecho con un fin».

Y en otro sitio completa su pensamiento, diciendo: «El principal designio del autor de «La Cautiva», ha sido pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto, y para no reducir su obra a una mera descripción, ha colocado en las vastas soledades de la pampa dos seres ideales, o dos almas unidas por el doble vínculo del amor y del infortunio. El suceso que poetiza, sino es cierto, al menos entra en lo posible; y como no es del poeta contar menuda y circunstanciadamente a guisa de cronista o novelador, ha escogido, sólo para formar sus cuadros, aquellos lances que pudieran suministrar más colores locales al pincel de la poesía, o más bien, ha esparcido en torno de las dos figuras que lo componen algunos de los más peculiares ornatos de la naturaleza que los rodea. El desierto es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner nuestro empeño en sacar de su seno, no sólo riquezas para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional».

«La Cautiva» fué escrita expresamente para llevar al hecho el pensamiento del autor, y en verdad que no desmereció en nada de las nobles intenciones que la originaron. Describamos, pues, y examinemos su argumento.

El poema no puede considerarse como una obra superior; su principal mérito reposa sobre la característica señalada con preferencia anteriormente, que abstrae por completo las ideas del escritor. Como el fin principal del poema, cosa que hace notar Echeverría en sus notas, era suscitar motivos para las descripciones de la pampa y del espíritu dominante en ella, aquél carece en absoluto del intrincamiento, del interés creciente de la trama, de la disposición especial y determinada con relación a los efectos de las escenas, del desbozamiento paulatino de los personajes, la intención y premeditación en las acciones, la impresionabilidad intrínseca propia de los hechos, cuya falta hubiera desmerecido en alto grado la valía de un poema de los géneros comunes. Pero si en ello no se manifiesta el mérito de «La Cautiva», debemos sí buscarlo en la sencillez del poema, apreciarlo por parte y no en conjunto, pues sólo examinándolo minuciosamente pondránse de relieve las condiciones que lo colocan a la altura de una producción digna de toda alabanza, dadas las perspectivas que se impusiera el poeta al emprender su formación.

La versificación suave, correcta, fácil y fluida; la elasticidad de los versos, unida a la natural generalización de los paisajes que parece envolver de una mirada, apreciarlos en total, traduciéndolos en octavas admirables por su realidad y poesía, espirituales en extremo, constituyen lo notable del trabajo, al mismo tiempo que lo ponen por encima de toda crítica.

Se ha señalado como capital deficiencia de «La

Cautiva», una redundancia, que, a primera vista, se presenta como tal, y que desnaturaliza grandemente el talento de Echeverría. En uno de los últimos pasajes del poema, María, al encontrarse de improviso frente a los soldados de su marido, desprendiéndose de toda otra emoción, pregunta súbitamente por su hijo y cae muerta cuando sabe que los indios lo degollaron. — ¿Cómo esa pregunta y ese efecto mortal cuando de tiempo atrás conocía la triste suerte de su hijo, habiéndosela recordado a su esposo en distintas ocasiones? — Un olvido, se ha dicho.

Solución sumamente fácil, pero aun más difícil de aceptar. En manera alguna es concebible que una repetición que se pone de manifiesto a la primera lectura, un defecto — si tal no fuera — que no escapa a la atención más superficial, haya pasado desapercibido de su autor, o éste tuviera por conveniente no eliminarlo, con gran desmerecimiento para su trabajo. En los grandes dramas y novelas encontramos comúnmente acopio de esta clase de redundancias, que así podemos considerarlas si las observamos bajo la simple faz de la trama, pero que cambia por completo de significado si llevamos nuestro análisis al terreno de la psicología humana, cuya excitación es lo que da vuelo y movimiento a las producciones teatrales. El grito sollozante de María cuando despierta y mira asombrada los soldados:

—¿No sabéis que es de mi hijo?

sería, pues, inverosímil tomarlo por un olvido del

poeta; es antes bien un magnífico toque emocional que se posesiona del espíritu y lo allana nivelándolo al ambiente del poema.

No obstante conocer la suerte de su hijo en la parte octava por boca de Brian, cuando éste exclama en el delirio de la fiebre:

—¿Sábes — sus manos lavaron
Con infernal regocijo
En la sangre de mi hijo.

cosa que queda demostrada al referir María el destino de su puñal, entre otras cosas, a vengar la muerte de su tierno hijo, aquella expresión de la mujer herida en lo más sensible de su alma, resulta aún más naturalísima.

María, obsesionada por el pensamiento de su hijo que era lo que más ocupaba su cariño de madre, al despertar del sueño olvida todas sus fatigas y dolores, y al volver a la realidad después de haber amortiguado su fiebre y sus ideas, herida repentinamente por la presencia de los soldados, que determinan una rápida sucesión de ideas, íntimamente coordinadas a un recuerdo único, la imagen de su hijo surge dominadora y absorbe en absoluto su mentalidad y su sentimiento, y ese amor de madre rebelado, imperante, plenipotente, que la enajena abstrayéndola de la realidad, desborda en la pregunta antes mencionada.

Es natural y hasta científico. No es, pues, un olvido de Echeverría, por demás criticable, tra-

tándose del desenlace del poema, sino, a la inversa, el uso de un resorte poderoso y magníficamente empleado, cuya presencia sorprende desfavorablemente, en cierto modo, por el olvido que de ellos se hace durante el transcurso del poema.

En fin, «La Cautiva», teniendo en cuenta el designio del autor, de poner en práctica el pensamiento que era su constante obsesión, sino es una obra maestra, es sí una brillante descripción del desierto en dulces y suaves octavas, que proporciona solaz y esparcimiento al espíritu, al mismo tiempo que deleita por la nitidez y delicadeza de los paisajes.

Dícese que un distinguido poeta italiano exclamara al conocer la próxima publicación de la «Eneida» y haberse penetrado de su colosal magnitud: «Nescio quid majus mascitur Iliade».

Y nosotros podríamos decir con justicia, que con «La Cautiva» ha nacido algo más que una brillante producción poética, pues con ella se ha colmado la empresa de incorporar al mundo de las artes las bellezas incultas de nuestra tierra americana.

IV

Desde el año de 1842 Echeverría tenía compuesto otro poema que fué publicado por el «Correo de ultramar» en 1849, y titulado «La Guitarra»

o «Página primera de un libro», dividido en cuatro partes distintas. Poema muy celebrado cuyo argumento se desenvuelve alrededor de un drama trágico originado por celos amorosos.

En una noche diáfana de primavera, la luna se columpiaba en el espacio infinito, las estrella. surgían como pupilas rutilantes esmaltando el claro-obscuro de las sombras; Ramiro meditaba absorto en la contemplación de la naturaleza, cuando de pronto llenó la soledad donde fuera a buscar silencio y recogimiento, la vibración sonora y melodiosa de una voz de mujer, que entonaba sus penas al rítmico bordonear de una guitarra. La canción tristísima, como gemido de un corazón sin esperanzas ya, dejó honda huella en su espíritu de amador apasionado, y los recuerdos y amarguras concentrados al influjo de esa voz de angel, fueron a volcarse sobre las cuerdas de su vihuela.

Ramiro no conocía a la que tan bien templaba la entonación de los sonidos; su inquieta fantasía de errante payador, forjó la aureola de la hermosura alrededor de su admirada competidora y su corazón ardió en las ansias de contemplarla. La voz que modulaba delicadas ondulaciones de gorjeos y aquel fondo de sombría tristeza que destilaba el lamento amoroso de la bella, habíanlo llenado de íntimos deseos.

Pero, he aquí, que, poco tiempo después, en los salones de una matrona porteña, resuena en su oído, predispuesto, el mismo cantar entonado por una belleza peregrina, que sentía las nos-

talgias del amor al vivir en la triste pesadumdumbre de una unión que no fraternizaba el cariño.

Por una de esas revelaciones instantáneas, intuitivas, se había revelado en su alma una potencia intensificada por el desdoblamiento tardío, una pasión desbordando de ternura que la martirizaba con los mirajes de un porvenir tiránico, sin hallar jamás a quien prodigar su afecto de mujer.

Y en el concierto de luces y de bellas, cuando Celia elevó su canto, recordó Ramiro la música, la voz, la entonación, y suspenso, deslumbrado por la irradiación de su hermosura, tomó la guitarra y desahogó su alma en tan íntima armonía, que quedaron, como dice el mismo poeta,

— Los corazones suspensos,
Ni articulaban los labios,
Ni suspiraban los pechos;

y mientras todos prorrumpieron al extinguirse la postrer vibración del instrumento en un coro de aplausos, solo Celia rindió su elogio con la muda elocuencia de la sonrisa envuelta en el perfume de un suspiro. Y en ese instante, entre el último bordonear de la guitarra y la mirada reveladora de Celia, surgió entre ambos, terrible, amenazante, el espectro de la pasión; y se adoraron en el secreto de sus corazones.

Pero Celia estaba casada de tiempo atrás;

amaba, más su enérgica voluntad le impedía ceder violentando sus deberes de esposa; había de ocultar siempre ese amor desgraciado que naciera en ella para su tormento. En la desgarradora lucha entablada entre la razón y el corazón, éste, infiel y voluble, durante el sueño, sintiéndose libre de la influencia de aquélla, fué el delator de la inocente criatura. Durante la noche de ese mismo día, Celia, en la alucinación del sueño, agitada, murmuraba cariñosas frases incoherentes, y sus labios, en el arrobamiento del delirio, repetían un nombre....

—¿Quién será, cielos?

mascullaba su marido en el colmo de la ira, mientras Celia continuaba sus pasionales divagaciones.

Y vende así su secreto. Su esposo, irritado por los celos, abandona el lecho y echa mano al puñal para asesinar a la mujer infiel, pero al acercarse a ella, ante tanta belleza y mansedumbre, su brazo se detiene, al mismo tiempo que revientan las cuerdas de la guitarra como un fúnebre lamento ante la escena fatal, como saltaron las del violín de Cremona, al extinguirse por siempre la voz en la garganta de Antonia....

Desesperado, profiriendo maldiciones e imponiéndose la venganza como único medio de lavar su honor, hace ensillar su alazán y lo lanza a la llanura en un frenético correr, desgarrándole los flancos, mientras el demonio de los celos,

cabalgando sobre sus hombros, aguza su odio y lo atormenta con la duda. Recorre a la carrera alocada de su alazán desenfrenado las sendas más apartadas, dialogando con las sombras de la noche; por fin, rendido de cansancio, vuelve a su casa con la voluntad formada de dar muerte a su mujer; pero la encuentra en su aposento tan dulce y dolorida, que se extremece y exclama:

—«Celia ¡qué palida estás!
¿Has pasado noche mala?
Tus ojos, Celia, han llorado.
¿Podré yo saber la causa?

y Celia, amorosa y sensual con el misterioso encanto de su guzla prodigiosa, le responde calmándolo con la pacífica armonía de una bellísima canción.

«Basta, basta, Celia mía»; la interrumpe su marido, y acosado de nuevo por los celos que se habían calmado con la dulzura del canto, huye por nueva vez de su hogar, como si en él se albergaran la felonía y el engaño.

En tanto que él recorre las soledades azorado, Ramiro penetra secretamente en la mansión de Celia y le declara su pasión ferviente con la vehemencia de sus dolores, y la demanda siquiera una esperanza de consuelo.

Celia lucha entre su amor y sus deberes; le adora, y abandonándose en sus brazos haría su felicidad; pero es esposa, y su virtud de mujer

delicada se subleva, se posesiona de ella y se esfuerza desesperadamente por arrojar de sí los deseos que la llevarían a la deshonra. Le pide a Ramiro que se retire, que no la denuncie con su presencia, que la deje gozar el poco de felicidad que aun le resta, cuando entra su esposo, y enfurecido se abalanza puñal en mano a consumar su venganza sobre los dos culpables; pero Ramiro, fuerte y ágil, le sujeta el brazo, en el instante en que Celia cae desmayada prorrumpiendo en un grito de espanto. En esta forma indecisa y vaga por demás, termina la escena.

Desde entonces comienza una vida de pesares y remordimientos: Celia, dolorida, triste, envejecida por la pena, tiene que sufrir las recriminaciones de su conciencia, y la calumnia de los miserables que se ceban en las desgracias de sus rivales; su marido, constantemente malhumorado, escéptico, abandonando su faena de trabajador vaga durante horas íntegras del día sin rumbo, al acaso, acompañado sin tregua de su odio y de sus amores defraudados.

Celia había desaparecido. Una noche Ramiro erraba distraído por las calles de la ciudad, cuando de pronto llegó a él un raudal de sonidos arrancados a la guitarra, mezclados con un trinar armonioso de mujer; se detuvo a escuchar el canto, pero un hombre que, disimulado por las sombras seguía sus pasos, se acerca y le insulta; por las blasfemias llegan a conocerse — aunque el poeta no nos lo dice explícitamen-

te — y el combate se traba. Ramiro, ágil y joven, para y burla con facilidad los golpes; su enemigo llega a herirlo, y de pronto trabado en un poste el arma le alcanza por segunda vez. Irritado, enloquecido por el dolor, se lanza sobre su contrario hundiéndole en un rápido movimiento el puñal todo, íntegro, en la tetilla.... y el embozado, al caer grítale el apóstrofe que sería el continuo aguijón de su alma:

—Venciste, vil seductor,
Muestra a tu Celia adorada
Ese puñal donde escrita
Está mi muerte y su infamia;
Pero recuerda que fuiste
Tú el autor de su desgracia,
Y que hasta el infierno mismo
Te seguirá mi venganza.

Celia era viuda.

Ramiro atraviesa la puerta de la casa aquélla, que lleva a un salón alumbrado por una vacilante claridad: una mujer cuya blanca vestimenta realzaba su hermosura pálida y candorosa como una vírgen de los dolores, sale del aposento contiguo, y a la presencia de Ramiro sus labios se distienden en una sonrisa de ternura, su semblante se colora, y excitada por la impresión, se acerca a él amorosa, cuando alcanza a vislumbrar en la semioscuridad, las manchas de sangre que salpicaban su traje; retrocede trémula y aterrorizada, desplómase exclamando:

—¡Sangre Ramiro, criminal te mancha!

El seductor huye precipitadamente; Celia muere; mucho se habla del crímen, pero al fin su recuerdo se pierde en la memoria junto con el de los infortunados protagonistas.

Ramiro no se vuelve a ver en Buenos Aires y nadie conoce su destino; maldiciendo de su suerte, desvelado por el remordimiento, consumido por tantas fatigas y dolores, desengañada en plena juventud su alma habituada a la dicha, cayó en la fiebre de la inercia, el tedio hizo carne en él, la vida se obscureció ante su vista, sus energías decayeron, y bogando hacia Europa a bordo de un bagel, pensó en suicidarse:

¿Qué le importa el vivir, si ya la vida
De encantos juveniles ve desnuda,
Si ya en su mente germinó la duda
Y se secó la flor de la ilusión?

Pero el tiempo, que es el gran bálsamo de los grandes males, la mar rumorosa y gigante en su batir de fragua, los nuevos horizontes que descubría cada aurora, constelaciones más fúlgidas y brisas perfumadas que traían los rumores de riberas desconocidas, bien pronto infundieron a su ánimo decaído las energías perdidas, y su cerebro repuesto, siguiendo la lógica inflexible de su pensamiento, lo llevó a decirse:

«La vida! Sin duda, Dios
Con algún fin me la diera,

Pues a cuánto creó impusiera
Un destino y una ley;»

Y satisfecho con su razonamiento vió claramente la dura condición a cuyo precio se goza la vida, el desgraciado fin de todos los nobles sentimientos, la calidad ruin y traficante del mundo bajo su beatífica apariencia, y observó al amor ligado con el olvido, al talento con el desprecio, a la nobleza con el martirio, la gloria y la envidia, la suerte y el halago, a la desgracia con la ironía, y acostumbrándose a los rostros descompuestos de esos horribles fantasmas, su espíritu se familiarizó con ellos, su voluntad se sobrepuso, y recordó los versos del lírico castellano....

Gocemos, sí; la cristalina esfera
Gira bañada en luz; ¡bella es la vida!
¿Quién a parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
Los campos pinta en la estación florida;
Truéquese en risa mi dolor profundo....
¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!

y vuelto a la vida, abroquelado contra el infortunio por la ruda experiencia de la desgracia, en esta forma se apronta para luchar con el porvenir:

Vivamos! que es cobardía

Solo de ánimo mezquino
Doblar la frente al destino,
Y resignado gemir;
Luchemos, si hemos nacido
Para luchar en la tierra,
Si es perpétua y dura guerra
La condición del vivir.

. . . .

Muerto el amor y el cariño, su inteligencia se entregó por entero al cultivo de la ciencia, a sondar los misterios del hombre y de la vida; y al cabo de muchos años, altamente ilustrado, de nuevo soñador, volvió a su patria, donde le estaba reservado el último desengaño, de encontrarla sumida en la torpe abyección de la tiranía.

Así termina el poeta su poema. «La Guitarra» es, indudablemente, una gloria más incorporada a la ya vasta de Echeverría; censurable en parte, examinado en conjunto resulta un hermoso bosquejo de un amor desgraciado que tropieza con las trabas del destino, encerrando bellezas encantadoras y paisajes brillantes, dignos del más afamado poeta del parnaso universal.

Echeverría ha dado en la poca agradable redundancia de hacer que las cuerdas de la guitarra revienten cada vez que le acontece una desgracia a Celia: cosa que oída de primer intento revístese de buen gusto, por la afinidad que establece entre la hembra poderosa que sabe arrancar supremas expresiones al instrumento, y éste que parece traducir fielmente los sentimien-

tos de aquélla, pero que repetida se transforma en tediosa e indigesta.

Entre sus admirables estrofas que encierran la poesía del sentimiento y de la forma enaltecidas por el ideal de la verdad, suele el poeta abandonarse a especulaciones por demás irreales, dando cabida a supercherías y agüerismos, que aunque existentes en determinadas épocas y regiones incultas, resultan de feísimo efecto y rebajan grandemente la belleza general; como en aquella parte en que Ramiro, desvelado por los recuerdos, se pasea a altas horas de la noche y una vieja criada de color, se le acerca, entablándose entre ambos un ridículo diálogo de aparecidos fantasmas.

La versificación correcta, fácil y elevada, de entonación sonora y declamante que expresa con nitidez las ideas e imágenes, suele caer en ciertas metáforas, trasposición de palabras, que, si bien favorecen la elasticidad y fluidez de la estrofa, obscurecen de tal forma el concepto que, en algunos lugares, se hace casi incomprensible.

Es necesario un verdadero esfuerzo de imaginación intelectual para descifrar esta estrofa:

. . . .

Y grande y digno ser debe
Que concreta la natura
El de la noble creatura
En su cabeza de Rey.

Los hermanos Amuchástegui en su valiosa obra

titulada «Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos», hablando del poema «La Guitarra», hacen la siguiente declaración, que merece ser reflexionada: «Echeverría no ha temido intercalar en su composición la terrible y dramática escena de la «Parisina» de Byron, en que la esposa adúltera dormida junto a su marido traicionado, revela en sus sueños su crímen. Celia descubre también a su esposo en una situación idéntica. la pasión que ha prendido en su pecho. Querríamos copiar íntegros los pasajes de uno y otro poema relativos a esta escena; pero no teniendo el espacio suficiente nos limitaremos a la pintura que hacen del furor que se apodera del esposo ofendido. Alterando el orden natural, citaremos primero la traducción, o mejor dicho, el plagio de Echeverría; y después la concepción del Byron. He aquí el plagio:

Al oír estas palabras
Delirios de amor intenso,
Interrumpidos a veces
De suspiros y silencio,

. . . .

He aquí el original. «Azo (el marido engañado en Parisina) llevó la mano a su puñal, para volver a caer en la vaina antes de haberlo sacado enteramente.

Ella es indigna de vivir, pero él ¿podía matar a su esposa tan bella?... ¡Si al menos no hubiera estado durmiendo a su lado, si la son-

risa no hubiera aparecido en sus labios!... No; aun más, no quiso despertarla; pero fijó sobre élla una mirada que habría dejado helados todos sus sentidos en un letargo profundo, si huyendo los fantasmas de sus sueños, ella hubiera abierto los ojos en ese momento, y percibido la frente de Azo inundada de gruesas gotas de sudor, en las cuales se reflejaba la sombría luz de la lámpara. Parisina ha cesado de hablar; ¡pero duerme todavía, ignorando que el número de sus días acaban de ser contados!»

En caso como el presente los comentarios son inútiles.

Tal es la reflexión a que antes he aludido.

El delito es penado severamente por la justicia criminal; y el plagio que es también un delito, y por cierto gravísimo en literatura, tienen asimismo su sanción. Pero existen ciertos delitos en derecho penal cuya sanción es nula o casi, porque no son considerados como tales, aunque en realidad lo sean; casos que se reproducen en literatura, y muy especialmente en el analizado de Echeverría, que tan cruelmente se merece la censura de los críticos chilenos.

Si recorremos afamados y notables literatos nacionales como extranjeros, no nos será dificultoso encontrar la estrecha similitud que guardan sus obras con las de otros autores, con especialidad entre los dramáticos y novelistas, y no sólo en lo referente a su argumento o fondo general, sino también al desarrollo paulatino de sus escenas, al desenvolvimiento de la trama, en sus

pensamientos capitales, y sin embargo, esto no ha sido causa a disminuir sus méritos. Podrían citarse, al respecto, ejemplos en abundancia; existen novelas de todos conocidas, proclamadas por eminentes críticos como geniales, que han sido casi en absoluto calcadas sobre obras anteriores; y esto en todas épocas, géneros y autores.

Y si de los novelistas y dramáticos pasamos a los poetas, sin necesidad de remontarnos a los clásicos para criticar sus teorías sobre el plagio, entre los modernos, los románticos, entre los contemporáneos que todos los días nos están mereciendo aplausos, encontraremos una porción de versos cuya propiedad necesitaría un largo litigio para llegar a aclararla, por haber pasado por numerosas manos con distintas firmas, variando muy poco, y eso sin hablar del fondo que es, en general, el mismo bajo diverso brocado.

En tiempos pasados, la imitación, la analogía de los producciones literarias era una verdadera excepción, pero en nuestras épocas la excepción ha tendido a convertirse en la regla; en unos por voluntad determinada, con conciencia, y en otros, por un simple pasaje de ideas que dormían en lo subconciente en forma de recuerdos e impresiones dejadas por la lectura, y que han pasado a lo conciente en el momento de la concepción. Si a esto agregamos que el poeta seguramente no ha recordado en el momento preciso la procedencia de su inspiración, que antes bien ésta se ha producido espontánea, natural, esporádicamente continuando la hilación del poe-

ma, sin rebuscamiento especial de argumento por parte de Echeverría; lo que à primera vista se nos aparece como un plagio, lo miraremos con mayor bondad, y no nos despertará ya un juicio tan riguroso; aunque en verdad, de cualquier modo que fuere, constituye un lunar de poca gracia que afea la belleza del boceto.

Porque en realidad, «La Guitarra», a pesar de sus dulzuras y encantos, no pasa de ser el boceto de una tela maravillosa; no existe bastante unidad, una correlación suficiente, los colores no están bien esparcidos en un matiz general para descubrir el cuadro cuyo fondo se vislumbra.

No obstante, es una obra meritoria, que en lugar de amenguar, aquilata la gloria de Echeverría.

V

Allá por los años de 1841, en que aun la patria gemía bajo la opresión del más torpe de los tiranos, y sus hijos nobles y cultos iban a llevar sus miserias y desolación a playas extranjeras para burlar el encono del déspota en el asilo ajeno, casi coincidiendo con la invasión del Ejército Libertador, los pueblos del sur de Buenos Aires, impelidos solo por su patriotismo, se sublevaron en común enarbolando la bandera bicolor, a cuya sombra descansó siempre la libertad y la gloria, por lo que el Calígula americano jamás

osó mancillarla usándola como símbolo de su horda de satélites, substituyéndola con el trapo rojo para perpetuarla pura e inmaculada.

Esta patriótica empresa, de tan benéfico resultado para los libertadores, no podía pasar indiferente para nuestro poeta Echeverría, que se dedicó desde entonces a cantar las acciones de esa sublevación inmortal por la causa de la libertad, a la que bien pronto había de prestarles su contingente material y moral.

Echeverría había escrito que «emigrar es inutilizarse para su país», y retirado en su estancia de «Los Talas» — después de descubierta por la policía de Rozas la asociación de jóvenes liberales «La Federación — llevó a cabo su idea de rimar las derrotas gloriosas de los patriotas del sur, en una hermosa descripción publicada bajo la denominación de «La insurrección del Sud».

Aun incompleto su poema, tuvo que abandonarlo en su estancia, junto con su vida cómoda de hacendado para seguir la desastrosa retirada del «Ejército Libertador», del que pronto se separó por no permitirle la marcha incesante su salud quebrantada y su falta de energías físicas, embarcándose en la fragata francesa «Expeditive» en las aguas del Iguazú, que lo condujo a la Colonia, en la Banda Oriental del Uruguay.

La estancia del poeta fué saqueada por la rapacidad de los secuaces de Rozas, y sólo el mencionado poema logró salvarse gracias a la bondad de una señora, que tal vez muy afecta

a la poesía, se arriesgó a esconderlo entre sus polleras.

Establecido por fin en Montevideo, «La Troya del Plata», que fué el baluarte de los emigrados, corrigió y purificó su poema dándolo a la publicidad en «El Comercio del Plata», el 28 de enero de 1849, después de haberle agregado algunas partes importantes e ilustrado con numerosas notas y documentos explicativos.

En su carta al editor del diario mencionado, enviándole adjunto el poema, nos dice las causas y circunstancias que lo resolvieron a escribirlo: «Me complacería Vd. insertando el adjunto Canto consagrado al más notable y glorioso acontecimiento de la Historia Argentina, después de la Revolución de Mayo? Considero tal la «Insurrección del Sud», porque en ella el sentimiento popular se sublevo espontáneamente contra la tiranía, sin que lo atizacen ni explotasen el espíritu de partido; carácter de justicia y de legitimidad que no tuvo ninguno de los sacudimientos anárquicos que han despedazado y ensangrentado a nuestro país hasta aquella época».

«Revisando poco ha el manuscrito, me pareció bosquejar con colores propios la situación de Buenos Aires en aquél entonces y expresar algo del repentino entusiasmo y de la noble indignación que produjo en los patriotas la nueva de la insurrección y el funesto desenlace que le preparaban los traidores, por cuyo motivo me determiné a darlo a la prensa.... Hubiera deseado encabezar con una noticia histórica de la insurrec-

ción, pero temiendo menoscabar por falta de datos positivos el interés y la importancia de aquél grande acontecimiento que tanto honra a nuestro país, hallo por conveniente reservar ese trabajo para mejores tiempos y agregarle por vía de esclarecimiento algunas notas y los únicos documentos relativos que he podido encontrar en los periódicos del tiempo».

Nos creemos dispensados de narrar el argumento por cuanto éste se ajusta estrictamente a la realidad histórica del hecho, habiendo seguido él los sucesos en sus más nímios pormenores y sinuosidades, describiendo guerrero por guerrero, motivo por motivo todas las escenas de los encuentros, los fines, las causas y los resultados del movimiento reaccionario. Es una fiel descripción rimada de los sucesos que produjo como consecuencia la mencionada insurrección del sur.

Si examinamos con atención los párrafos de la carta transcriptos, encontraremos en ellos — prescindiendo de la mayor o menor verdad de todas sus afirmaciones — la esencia, el pensamiento capital que inspiró a Echeverría su poema y especialmente la forma rigurosamente histórica en que ha sido trazado, poco adecuada a una producción de carácter poético.

Ferviente patriota, apasionado por la libertad, se sintió poseído por aquel acto de arrojo heróico que significa la «Insurrección del Sud» y su deseo de rendir el merecido homenaje a los mártires de aquella jornada, no pudo perdonar el menor incidente descriptivo, lo que coloca el

poema muy por debajo de los méritos que pudo alcanzar de haberse escrito en forma más conveniente. Ello ejerció su grandísima influencia.

Por otra parte, es necesario confesar, ante este nuevo ejemplo, que Echeverría no hubo nacido para poeta de género amplio. Sus poesías cortas tienen toda la gracia, la profundidad y el ingenio de un gran cerebro de pensador asimilado a un delicado temperamento de poeta; en cuanto entra en largas narraciones de poemas de considerable extensión, estas preciosas cualidades quedan obscurecidas por completo a causa de su falta de dotes para esta clase de trabajos. Sin embargo, Echeverría se empeñaba en ellos de acuerdo con su creencia de que solo las producciones amplias, sistemáticas, pueden ejercer una acción determinante en el fondo de la organización social, que siempre tuvo él loable propósito de reformar en su patria dentro de lo posible.

Son estos los principales defectos de la «Insurrección del Sud», algunos de los que, digámoslo entre paréntesis, se repiten en todos sus poemas de gran aliento.

Fiel siempre al ideal que acabo de señalar, Echeverría publicó otro poema, que bien merecería el apelativo de supremo, si las obras literarias fueran juzgadas por su longitud, pues ocupa nada menos que un grueso volumen de alrededor de unas seiscientas hojas de compacta impresión. Pocas producciones aventajan a ésta en extensión.

«El Angel caído» es un poema de fondo minucioso, pesado, que para apreciar su bondad, es necesario pasar por alto muchísimos versos que no escalan la etapa de la mediocridad; se desenvuelve en once cantos y una cantidad de versos que oscila en doce mil. El poeta pretendía con este poema entrar de lleno en nuestra sociabilidad, mostrar lo malo y lo bueno de los hombres, y sus creencias y esperanzas, sus aspiraciones e ideales personales para el porvenir. Don Juan, el protagonista de la obra, y Angela, son los dos tipos elaborados principalmente con elementos de nuestra sociedad, trasuntos fidedignos de las características, con especialidad morales, de los hombres de su tiempo.

Hay en él más de deficiente que de bueno. Para el objeto que se propuso Echeverría, «El Angel caído» debió ser un poema intensivo, penetrante, incisivo, condiciones que se pierden por completo con su desmesurada extensión, sobre todo, cuando el autor no está a la altura de su obra. Por lo general monótono, su lectura no reviste esa belleza y deleite de los poemas livianos, ligeros, fugitivos, tramados con delicadeza y penetración, sin dejar por esto de desarrollar en ellos toda la profundidad de su pensamiento. Sin embargo, contiene mucho de lo que el poeta pensó que el lector encontraría: espíritu y naturaleza americana.

Es bellísimo el pasaje aquel en que describe magistralmente las bellezas del Plata, aspirando su alma a la grandeza gigante del coloso:

¡Tu voz, oh Plata estupendo,
Gigantesco, habla un idioma
Que me deleita y comprendo,
Que nunca en el mundo oí;
Hay en ella una armonía
Que mi espíritu apetece,
Un arrullo que adormece
Lo que hay de carnal en mí!

. . . .

¡Quién pudiere, hermoso Plata,
Cabalgar sobre tus ondas,
Y de tus entrañas hondas
Los misterios descubrir;
O en el raudo torbellino
De la tormenta engolfarse,
En su atmósfera bañarse
Y de su vida vivir!

. . . .
. . . .

¡Ved al poeta soberano hermanando la agitación febril del coloso con su alma de genio atormentada, ardorosa, desbordando en fantasías e ilusiones, con su sublime inquietud de todo aquello que se levanta sobre la chata monotonía humana! ¡Cómo pinta su pluma llameante de entusiasmo el batallar incesante del Plata furibundo con el pampero asolador, cual si la tempestad de los elementos fermentara en su espíritu poderoso! ¡Cómo al leer esas bélicas estrofas, fulgurantes, turbulentas como el rumor mismo del oleaje embravecido, optimistas, embebidas de una

esperanza infinita, sentimos el martilleo del verso, a la par del poeta, agigantarse el espíritu, retoñar la dicha, palpitar el corazón en bríos desconocidos, fortalecerse el alma con la savia vivificante que destilan, renacer a la vida y a la lucha, como en las mañanas tibias de primavera surgen de nuevo los amores sobre la fría huesa de los desengaños!

Echeverría que tantas veces se ha hecho a sí mismo las profundas interrogaciones que hiciera el filósofo italiano al lector que sabe conocerlo — en un consorcio de locuras, bien que la locura y la sabiduría marcha en felicísima amistad — abroquelado con esas y otras muchas estrofas de su «Angel caído», podría responder con la ironía al sapientísimo romántico cuando en un acceso de geneliadad quisiera susurrarle:

.... «¿Tuviste una juventud? ¿Sentiste en tí mismo, dentro de tus entrañas, en tu propia sangre, algo que fermentaba, que vivía, que se agitaba, que tembloneaba, que quería salir, desbordarse, inundar el mundo como un lago de llamas? Sentiste alguna vez, un día de excitación — después de una puesta de sol, después de los versos de un poeta — te sentiste tú, tú en persona, tú solo, el «primer hombre», el descubridor de la vida, el descubridor del mundo? ¿Y no te parece mísera esta vida, y no te parece mísero este mundo? ¿No deseas la bella muerte por amor a la vida bella? ¿No experimentas la saciedad de Alejandro ante el lejano firmamento?»

¡Vaya si quedaría conforme el filósofo con la

respuesta de esos versos, que parecen aspiraciones sublimes volcadas en trozos de corazón sensible!

El «Angel caído» es, no obstante, de los poemas de Echeverría el más deficiente, a pesar de las grandes esperanzas que en él fundara su autor; su fondo, que es intenso y conceptuoso, pierde toda su atracción por lo harto vulgar del asunto y de su forma externa, una simple prolongación del caballero tenorio que desde los tiempos de «El burlador de Sevilla» del célebre Tirso de Molina, ha venido desfigurándose a través de «El convidado de piedra», «Don Juan Tenorio», «Don Juan» y otras infinidades de obras y leyendas, hasta que el bardo rioplatense nos lo presenta con la indumentaria americana ejercitando su magia catequizadora y falaz en los salones de nuestra sociedad.

Por otra parte, la versificación es monótona, incipiente, hasta el extremo de parecer más bien la obra de un versificador mediocre, que la producción amada con preferencia del exquisito autor de «La Cautiva».

Sin embargo, de vez en cuando, entre tantas sombras y lunares, suelen destacarse algunas estrofas poderosas e inspiradas, que levantan el mezquino nivel del conjunto e infunden espíritu para terminar su lectura.

VI

El insigne poeta y ferviente patriota italiano Víctor Alfieri, cuyas poesías trágicamente hermo-

sas y arrogantes, fueron siempre duras invectivas contra los tiranos, escribía con su pluma de fuego en el prológo de su obra «La Tiranía»: «La mayoría de los libros se dedican a los poderosos con la esperanza de obtener crédito, protección o recompensa. Tus brillantes destellos ¡oh divina libertad! no se han extinguido en todos los corazones.... Yo, que no quiero imitar semejantes modelos; yo, que me veo forzado a tomar la pluma porque el desgraciado tiempo en que vivo me prohibe la acción; yo, que quisiera en una urgente necesidad arrojarla lejos de mí para tomar la espada; ¡oh libertad! es a tí a quien dedico esta obra. No pretendo con ella hacer pomposo alarde de elocuencia, porque tal vez lo pretendiera en vano, y aun menos dispendio fastuoso de una erudición de que carezco; pero intentaré trazar con método, precisión, sencillez y claridad, los pensamientos que bullen en mi mente; desarrollar las verdades que las luces de la razón me revelan; publicar, en fin, los deseos generosos, nacidos en los comienzos de mi juventud, que conservo todavía en mi ardiente corazón».

«Aunque este libro, tal como es, lo concebí antes que los demás que he publicado y lo escribí en mi juventud, lo considero, después de haberlo corregido en edad avanzada, la última de mis obras; y si no tengo hoy el valor de otros tiempos, mejor dicho, el fuego necesario para pensarlo, me quedó bastante espíritu de independencia y juicio para aprobarlo y dar fin con él a todas mis producciones literarias».

Tan hermosas palabras, dignas del carácter del vate italiano, pudo grabar Echeverría al frente de su poema «Avellaneda». Frase por frase interpreta fielmente Alfieri los altos ideales del poeta argentino al concebir y dar cima a la obra que es el pedestal de su fama, no solo por la grandeza y riqueza de los pensamientos que en ella abundan, sino también por la elegancia y correción de su estilo. En aquella época en que se vivía bajo la proscripción, en esa época triste de miserias y de luto, harto semejante a aquella por que cruzaba Italia cuando el bardo arrancara los acentos doloridos a su lira, Echeverría, que ante todo fué un patriota de entereza, sintió la necesidad de elevar la libertad sóbre sus versos para que entrara en esa sociedad corrompida, purificándola un tanto con su acción culta y dignificadora.

Todos sus entusiasmos de amante y apóstol de la libertad, su vasta concepción de ésta, sus ensueños de patriota hecho poeta, su odio a la tiranía, sus ardores y turbulencias de hombre libre, todo ello fué encarnado en la sublime personalidad de Avellaneda, el héroe tucumano, personaje ideal, martir con el aplomo de un semidiós en aras de la justicia y redención de su pueblo.

Don Marco Avellaneda, idealizado, romantizado, con más de fantástico que de real, es el protagonista alrededor del cual se desarrolla el poema, volcado todo entero en los moldes susodichos; por esto el autor tropezaba con la grave

dificultad que presenta el desfigurar un hombre histórico, desproporcionarlo hasta que se adapte a las necesidades de la imaginación, a fin de encarnar en él el prototipo de virtuosidad y desprendimiento.

Ei poema, eminentemente argentino, — a pesar de su fondo que no reconoce patria ni época, — encierra magníficas bellezas, estilo filosófico y descriptivo, sosteniendo en esto con ventaja su parangón con «La Cautiva».

Estéban de Echeverría, en su producción «Avellaneda», es igualmente poeta que filósofo: las musas del idealismo que tejen y burilan la maraña de la forma, se consorcian íntimamente con los rostros adustos y severos de los amantes del saber, que investigan y analízan la conciencia, sondean el espíritu del hombre generalizándolo a las masas, buscan el cómo y el porqué, y embebidos en una atmósfera mística y silenciosa, en el recogimiento de la inteligencia, gestan y trabajan el metal precioso, que inculto, ha menester un rayo de fantasía para alumbrarlo con su aureola de esplendor.

Entre tanta argentería como son sus estrofas, es difícil elegir una que sea superior en elegancia y calidad, pues, desde el comienzo al fin, es una cadena interminable de diamantes engarzados en la diáfana palidez de una turqueza.

Escúchese con cuánta sonoridad y poesía nos describe a Tucumán:

«¿Conocéis esa tierra bendecida
Por la fecunda mano del Creador,

De cuyo vírgen seno sin medida
Fluye como el aroma de la flor
La balsámica esencia de la vida,
Y se palpa su espíritu y su aliento
En la tierra, en la atmósfera, en el viento,
En el cielo, en la luz, en la hermosura
De su varia y magnífica natura?

. . . .
. . . .

Pocas piezas poéticas aventajan a estas estrofas y casi todas las demás, por lo general, en fluidez, movimiento, galanura de estilo y esa admirable lucidez en la disposición de la frase que tan bien remeda los matices y delicadeza de la natura que retrata y esa vida potencial que brota incesantemente por todos sus poros con vida vigorosa.

Pero pronto el poeta abandona el paraíso de flores tan propicio a la ilusión, para caer en la triste realidad de los hechos que los hombres han sembrado sobre él, convirtiendo el jardín destinado a la realización de una existencia de paz y armonía, en el campo infernal donde están en constante pugna pasiones bastardas y partidistas. Su voz toma entonces la melancólica entonación del desengaño y nos dice en su lamento:

«Pero ah! que en esa tierra
Destinada por Dios para recreo
Del humano deseo,

Para mansión de paz y de ventura,
Treinta años el demonio de la guerra
Sembró sangre, dolor y desventura.
Triste fatalidad! Dios la bendijo
Para entregarla al hombre en patrimonio
Y el hombre en su delirio la maldijo
Poseído del demonio
Del error y del mal. De su natura
La rica y rozagante vestidura,
Como inmenso sudario, solo cubre el Osario
De dos generaciones.
Diezmadas en la aurora de la vida
Por el plomo y el hierro fraticida
De bárbaras y estúpidas pasiones».

Es hermosísima la parte en que Avellaneda, momentos antes de ser ejecutado, se abisma en sus pensamientos y recuerdos, remembrando su hogar, sus hijos, y se desespera en lucha con las tinieblas que apenas le permiten vislumbrar el caos en que se mezclan por una ley irremediable, fatal, el destino, la gloria y el martirio; y aquella otra inmediata del interrogatorio, en que se revela el espíritu indomable, torrencial, de Avellaneda, su desprecio de convencido, su fe profunda en el apostolado de su vida, y la augusta serenidad con que afronta el conocimiento de su suerte fatal.

Todo en este poema es grande, sublime, elevado como el fin a que estaba dirigido. En él no se observa ya el desaliño de «La Cautiva», ni abundan los versos vulgares, mediocres, así

como la impropiedad del lenguaje o las metáforas alambicadas. Todas sus estrofas llevan el aliento de una energía viril que se desprende de la concisión y rotundez del lenguaje, profético, elocuente, dolorido como el gemir de la libertad aplastada, dulcemente hiriente y vengativo, como el búcaro elegante de flores que esconde el acero toledano.

Es una profesión de fe; el poeta evoca magistralmente en versos vivientes, digámoslo así, sus ideales de libertad y redención, glorifica al patriota desinteresado que ha tenido la acertada visión de las causas que mantenían la patria en el cieno, y agita y conmueve los espíritus con su palabra de polémica para arrastrarlos a la unión y al triunfo. La historia parece decirnos, entre sus sombras, que la voz reveladora del poeta fué escuchada.... Y el vate se transforma en filósofo, y en filósofo profundo.... Es una magnífica concreción de aspiraciones y esperanzas, un radiante vislumbrar del porvenir y una sapientísima penetración del presente, ese diálogo entre «El joven» y «El anciano», en que brotan perfectas, puras, sin contaminación, las verdades bajo el buril del poeta.

La naturaleza varia y cambiante, las batallas con su furor y desconcierto, la opresión, el pueblo mustio y embrutecido por las cadenas, la iniquidad, el oprobio y la anarquía, han encontrado un cantor justo y severo, varón preclaro que ha sabido apreciar su patria.

«Avellaneda» es un poema superior, de corte

esencialmente romántico, que simboliza la expresión más acabada del espíritu delicado e impetuoso del poeta; en él vuela libremente la imaginación sin incurrir en desvaríos, y la inteligencia siente palpitar secretamente la misión suprema del inspirado que ha comprendido su destino.

Los ripios y trasposiciones intolerables, frecuentes en los poemas anteriores del autor, han desaparecido por completo; éste se presenta escrito con cuidadosa perfección, pulido minuciosamente, añadiendo a los encantos de la inmensa poesía que encierra, la corrección del estilo.

De concepción superior, profundo, con caracteres argentinos, encaminado a determinar una regeneración política e institucional, eminentemente patriótico, el poema «Avellaneda» constituye un delicado broche, digno de cerrar las obras inmortales de Echeverría.

Al Dr. Ricardo Davel

Afectuosamente.

LA POESÍA DE MÁRMOL

LA POESÍA DE MÁRMOL

I

Don José Mármol, entre los vates del Río de la Plata, que florecieron por aquella época que prosigue la de Echeverría, es el verdadero poeta por excelencia.

Es el talento poderoso que se adueña de la poesía argentina para estamparle la originalidad de su estro; Mármol no imita: crea.

Su musa briosa y melancólica, impregnada de una profunda tristeza con vistas al escepticismo —pero no de esa tristeza abatida y resignada de los vencidos, sino de la que subleva y enardece el ánimo, — intensa y dolorosa como los gemidos del pampero, no podía avenirse a la mansa esclavitud de la imitación, que concede una gloria tan efímera como ingénua. Su espíritu profundo y gigantesco, la ardiente inspiración que fermentaba en su pecho, su poderosa fantasía, necesitaba nuevas auroras, desconocidas constelaciones, horizontes ignorados, donde calmar su fiebre de místico visionario. Su genio es tosco y sublime, como la naturaleza americana que le sirvió de cuna; y como ella espontáneo, único, exclusivo.... Igual diversidad de elementos se funden en su lira: las caricias suaves de las brisas,

el ronquido de los vientos, el fragor estupendo de las cascadas, el filosófico silencio de los valles, el aspecto imponente de las montañas escarpadas, la tempestad y la calma de sus ríos, la tinieblas de la noche y el claro despuntar de las auroras.... todo ello se armoniza y se funde en la sonora poesía de sus versos.

Desgreñado, inculto, tiene la salvaje belleza de las selvas agrestes: es como la perla que ha arrojado el río de su seno recubierta de escoria, pero cuyas fulguraciones divinizan el conjunto tosco; y como la vírgen américa, las perlas y las selvas, la poesía de Mármol es, así, natural, propia, argentina.

No obstante, críticos nacionales se han obstinado en calificarlo imitador de Zorrilla, por la similitud de su musa fastuosa, fantástica, que posee el secreto de las modulaciones ideales de la frase. Las afinidades que guarda con el célebre lírico peninsular, son las naturales analogías que se establecen de genio a genio, modelados por el mismo artífice supremo; sino, díganlo sus versos, su temperamento tumultuoso de creador.... Idéntico sería que se culpara a una madre de haber imitado en su concepción una vírgen de Murillo, por las ideales semejanzas de su hija con las creaciones del genial pintor....

Mármol es el poeta inculto, desaliñado, sin escuela; se sintió poeta en la primavera de su vida y estampó de improviso sus impresiones en versos sonoros y robustos, dulces y cadenciosos,

con todas las armonías subyugadoras de las explosiones de emotividad. En Estéban de Echeverría observamos el vate que se ha formado lenta, paulatinamente, purificando y puliendo su estro con la labor del estudio constante, en la lucha cotidiana contra la rima y el acento, profundizando los grandes autores, indagando todos los misteriosos resortes de la poesía, hasta haber logrado elevar su ingenio con la belleza de la corrección y la estética. Su talento de poeta provenía de dos fuentes: una natural, de que le dotó la creación; otra artificial, forjada por el hombre. Y ambas se complementaban para constituir una unidad superior. Más adelante tenemos un ejemplo mayormente palpable del poeta hecho por el esfuerzo diario y continuo: Rivera Indarte.

Mármol representa en poesía la antítesis acabada de ellos: sin haber realizado jamás estudios superiores, sin esas ánsias de perfeccionamiento — no siendo el del fondo, el de la eséncia de la producción que la enaltece y espiritualiza, — sin poseer una instrucción esmerada ni prestar siquiera preferente cuidado a la pulcritud y limpieza de sus versos, el poeta anhelaba únicamente que ellos expresaran con verdad los estados de su espíritu, que tradujeran la agitación de su plectro, que idealizaran la naturaleza, que tuvieran sonoridad, fuerza imaginativa, inspiración, poesía....

Sus producciones poéticas tienen la belleza salvaje del desierto, de los jardines increados ocul-

tos entre las malezas, más hermosos, más sugestivos, que los matemáticamente delineados de las ciudades opulentas. En ellas priman la elegancia, la intuición, la movilidad y sencillez de la estrofa, y sus tintas semejan los colores brillantes y melancólicos del mundo subjetivo, con la misma maestría con que dibujan las sublimes combinaciones de un claroscuro otoñal.

Su primera producción fué todo un triunfo popular, recogió los aplausos de su auditorio arrebatado y delirante por la agilidad de los versos y la lucidez de las imágenes, ampulosas y profundas, mientras el jurado del certámen le discernía uno de los últimos puestos entre los laureados, después de Juan María Gutiérrez y Luis L. Domínguez, cuando estaba llamado a sobrepujar a toda su generación con su gloria de poeta. En la masa etereogénea del pueblo, dominando desde la primera ovación una psicología única, se había impuesto, con predominio, la idealidad natural de la poesía, que no reconoce moldes ni criterios; y en los jueces, de juicio mesurado y temperamento sereno, había primado la ciencia con su rigidez inflexible, señalando la inferioridad del trabajo. Por eso Mármol estaba llamado a triunfar siempre, en cualquier circunstancia, entre los hombres que saben expresar y sentir la poesía sin oponerle el escalpelo helado de la ciencia del sabio hablista que no puede tolerar se violenten las reglas literarias por engendrar la belleza. Y difícil sería decidir cuál de los dos es más sabio....

Empero, José Mármol, — la más robusta cabeza poética de su tiempo en esta margen del Plata, — había recibido la consagración popular, y en aquella noche de triunfo se decidió su vocación de literato.

La lira del poeta tiene tiernas modulaciones para los encantos del amor, dulce y sentido, como vibrantes apóstrofes para herir a los tiranos, y la cuerda suprema de su arpa comprende y mezcla todos los sonidos y expresiones, cuando arranca su inspirado evangelio la mano fina y suave de la hija arrogante de la pampa, imagen de su patria.

Con todas sus incorrecciones y defectos, grandiosa y seductora, estuvo ampliamente al servicio de lo noble de la naturaleza humana, para cantar la libertad y el amor.

II

Don José Mármol nació en Buenos Aires el 4 de Diciembre de 1818. Su tierna juventud fué sorprendida por la borrasca que asoló al país pocos años después, con la ruda tiranía de Rozas y sus sicarios, que desolaron y hundieron la patria en luto y degradación. Junto con aquella pléyade de esforzados que lucharon veinte años por la libertad de su país, hubo de sufrir la brutalidad del Minotauro, que perseguía y torturaba, exterminando todos los talentos que po-

dían representar un peligro para su poder omnímodo de monstruo audaz.

A los veinte años de edad fué encarcelado violentamente, sin otra causa que los recelos incalificables del tirano, que en su temor de pigmeo, veía en cada penumbra, un puñal enemigo que amenazaba su vida. El joven bardo escribió, entonces, en las paredes de su prisión, con el ímpetu de su voluntad enconada, estos versos, que, aunque por demás mediocres e incorrectos, merecen récordarse con privilegio, porque, como dice su autor, fueron producidos cuando el infortunio acabó de enlazarse a su destino:

Sólo faltaba a la enemiga suerte,
Que en duelo y llanto mi existir anida,
Entre cadenas convertir inerte
La primavera de mi triste vida.
. . . .
Mientras a mis ojos espantosa muerte
Mis miembros todos en cadena pon,
¡Bárbaro! nunca matarás el alma
Ni pondrás grillos a mi mente, no!

Puesto en libertad en la misma forma misteriosa y velada con que había sido privado de ella, Mármol recordó los versos que dejara grabados en su encierro como una protesta eterna, y temiendo la venganza de Rozas, huyó a la hospitalaria Montevideo. Allí fué a aumentar la falanje de jóvenes decididos que hicieron a la

ciudad cisplatina la émula de la Troya de los tiempos remotos, transformándola en el baluarte de resistencia donde se abroquelaba la libertad y el talento, en su lucha heróica y gloriosa contra la ignorancia y el despotismo. Fué un rayo más para aquella estrella luminosa que irradiaba sus áureos resplandores, iluminando el reino de la noche y las tinieblas.

Allí vieron la luz de la fama y la aurora de la inmortalidad sus poesías, y su frente de inspirado recibió el bautismo popular.

En el heróico Montevideo, convertido en un cuartel en que la espada y la pluma eran las armas de lucha, Mármol, al lado de argentinos ilustres como Florencio Varela, Echeverría, Rivera Indarte, Juan María Gutiérrez, José María Paz, Alberdi y otros muchos, que habían hecho de la prensa uruguaya — en su casi totalidad fundada por ellos expresamente — el campo de acción de sus energías, satirizando y apostrofando al tirano Rozas publicó sus versos robustos y pasionales, ora cantando sus afectos, ora esgrimiendo sus armoniosos dicterios contra el déspota sañudo que martirizaba su patria.

Fué aquel un lapsus de tiempo alumbrado en la historia por una serie interminable de heroismos y sacrificios: los patriotas expulsados no cejaban un instante en la cruenta y azarosa lucha en pos de la libertad de sus hogares. Cuando vencido, por fin, Rozas, por el ilustre libertador Justo José de Urquiza, se abrió la puerta a los argentinos que gemían en el ostracismo,

se inauguró una nueva época para nuestro país, a cuyos acontecimientos está íntimamente ligado el nombre de Mármol.

No analizaremos su actuación en la Asamblea Legislativa de Buenos Aires, habilitada por Urquiza, ni hemos de censurar el error fatal en que cayó, por exceso de celo, en compañía de notables talentos como Vélez Sarsfield, combatiendo el genial, y no se llame exagerada la expresión, tratado de «San Nicolás», alimentando un estado de discordancia que había de llevar irremediablemente la Nación a la guerra civil, con la revolución del 11 de Septiembre, tramada y sostenida por el general Mitre.

La historia ha de juzgar esos hechos con la imparcial severidad que le es peculiar; allí están en las actas del Congreso las célebres discusiones que inmortalizan al doctor Vicente Fidel López y lanzan su sombra sobre la memoria de Mármol. Ellas nos demuestran como la inteligencia y rectitud de los hombres llegan a ofuscarse por la ola axfixiante de las pasiones hasta incurrir en faltas graves e imperdonables; nos dan la prueba convincente de que la flor intelectual de una nación culta, como nos dice el filósofo anglosajón, puede verse reducida, por la admiración fanática, por una teoría política o social, al estado de perfecta imbecilidad.

Desde esta época, Mármol se entregó por completo a la política de su patria, ocupando los escaños de diversos Congresos y representándola en distintas ocasiones en el extranjero, usando

siempre la rectitud y el acendrado patriotismo que se revela, no solo en sus inspiradas estrofas, sino también en los hechos de su vida de proscripto y ciudadano, pues si alguna vez contribuyó a la desgracia de su patria favoreciendo inconscientemente la desorganización nacional, no puede tachársele de desleal ni ver en sus actos el doblez de una ambición, porque marchó con su país a la catástrofe, al derrumbe, despreciando posiciones oficiales, con la frente altiva, creyendo labrar la felicidad de su país, batallador, polemista, con la extrema actitud de un convencido.

Vemos cruzar su figura por el escenario de su patria como la sombra de Víctor Hugo en la Francia desquiciada que llega a traspasar los linderos de la primera mitad del siglo XIX; pero Mármol no se nos presenta sereno, reposado, pensador infatigable al mismo tiempo que revolucionario audaz y valeroso como lo fué aquél, en los días del año terrible que pesó sobre París, y que el vate nos narra en su «Historia de un crímen»: — por el contrario, tiene más de Don Quijote que de talento, más de guerrero, de agitador, que de hombre de estado; su espíritu liberal, noble, instable, caótico, sentía muy hondamente las impresiones que descendían de las regiones dél génio, mas ignoraba traducir esos sentimientos en hechos iluminados por la clarovidencia de las ideas.

Como poeta y como hombre Mármol fué un patriota por excelencia, luchador decidido en aquellos días lúgubres de dolor nacional, en que

la aurora con sus diáfanos resplandores, la noche con su silencio abrumador, y siempre así, recordaban al proscripto la patria exclavizada, royéndole las entrañas las ansias de libertad; y en esas horas de martirio y prueba, como un cruzado de la libertad y de la gloria, combatiendo asíduamente en la prensa, en el círculo, en la plaza pública, pasó una vida tumultuosa, febriciente, el bardo que ha inmortalizado su fama en cuartetos sublimes, que son un gesto de ira, hasta que la muerte lo sorprendió en medio de sus faenas, el 12 de Agosto de 1871.

III

En la musa melancólica, enérgica y apasionada del bardo argentino, encontramos con el verso de Byron y Espronceda esas afinidades profundas que se establecen engendradas por la identidad de temperamento, siendo luego trasmitidas a sus producciones; y como los dos errantes poetas, consumidos por los amores que jamás lograron saciarlos, Mármol cantó al azar, según las impresiones se iban produciendo en su ánimo.

Tal vez no pensó en la gloria con la fría rigidez del cálculo, pues, despreciando aquellos materiales literarios que perduran a travez de las edades y que hallaba en abundancia a su alrededor, escogió para sus cantos los dolores y

deseos de su espíritu y de la agonizante sociedad de su patria.

Sus versos, como hermosos girones de arreboles esmaltando el horizonte, fué desparramándolos en albunes y periódicos, templando su lira bajo el imperio de los ojos negros, de azabache, que fascinan, o el recuerdo torturador que en las horas de calma se elevaba en el fondo de su conciencia, como un espectro de muerte, señalándole, ensangrentada, miserable, la otra margen del Plata.

Si sus sonoras y delicadas poesías sueltas, no le hubieren conquistado fama imperecedera de poeta de alto ingenio, su poema, llamémosle así, «Cantos del peregrino», sería nota más que suficiente para acreditar, en el porvenir ilimitado, la persuasiva y la dulce virilidad de su estro privilegiado.

«Los cantos del peregrino» como bien lo indica la denominación, no constituyen un poema con fin determinado, con unidad sistemática, son, por el contrario, una serie de poesías de distinta índole, las más de ellas de carácter descriptivo, escritas por Mármol en su penoso viaje a bordo del «Fénix».

Con ciertas semejanzas con el «Childe - Harol» de Byron, poema que por su calidad es de aquellos que pueden calificarse de interminables, Carlos, el protagonista, sin el pesimismo y el despecho irónico del personaje del bardo inglés, es un peregrino que recorre parte de América cantando la magnificencia de su Naturaleza, la nostal-

gia de su espíritu lejano de su patria, la tristeza de su amante corazón, y cuando los recuerdos y pasiones caldean su mente, la estrofa se vigoriza, la frase tórnase flexible como hoja toledana, la ira serpea en sus versos, y el desprecio y la maldición caen como relámpagos de tempestad desencadénada de súbito, cubriendo, con la rapidez de la idea, de obscuros nubarrones el horizonte despejado.

A través del velo ficticio de Carlos se transparenta claramente el poeta que sufre la proscripción y, llorando la esclavitud de su patria, corre a olvidar sus dolores en otras regiones de consuelo.

«El peregrino» es una producción que da a saborear los caracteres de una tierra y de una época; enaltece y traduce con maravillosa fastuosidad de colores e hipérboles brillantes las bellezas del mediodía de América, elevando su verso a excelsas regiones escaladas solo por muy pocos poetas, en aquellas magníficas descripciones en que nos pinta los trópicos y las nubes con tanta poesía y expresión, que no los imaginamos radiantes de hermosura en un eterno esplendor.

Saboriemos la dulzura de algunas de las estrofas del canto «A los trópicos», lleno de encantos pictóricos, como una pincelada simbolista de Miguel Angel:

. . . .

Entonces como premio del hospedaje santo
Naturaleza en ellos su trono levantó,

Dorado con las luces de la primer mirada,
Bañado con el ámbar del hálito de Dios.

. . . .

Y derramó las rosas; las cristalinas fuentes;
Los bosques de azucena, de mirtos y arrayan:
Las aves que la arrullan en melodía eterna,
Y por su linde ríos más anchos que la mar.

. . . .

Allí la luz que baña los cielos y los montes,
Se toca, se resiste, se siente difundir;
Es una catarata de fuego despeñada
En olas perceptibles que bajan del cenit.

. . . .

Un poco más.... y el mustio color de las estrellas
Al paso de la noche se aviva en el cenit,
Hasta quedar el cielo bordado de diamantes
Que por engaste llevan aureolas de rubí.

. . . .

El poeta mezcla la misteriosa subjetividad de las pasiones y las ideas a las tintas borrosas e instables de las nubes, revelando la idealidad de su sentimiento en esos mudos coloquios que suelen entablar los espíritus inclinados a la meditación con los elementos de la naturaleza, apostrofando al mismo tiempo a la suerte y al tirano que lo alejaban de su patria; y, rindiéndoles un tributo de admiración, expresa, en las bellísimas estrofas de su canto «A las nubes», con ellas sus secretas relaciones; poesía que es un cuadro magistral al mismo tiempo que manifiesta una ver-

sificación fácil, exquisita, propia de un delicado temperamento artístico:

Decid, nubes, decid, ¿quién un tributo
No os rindió alguna vez? En el contento
O con el alma en luto,
¿Qué mortal nos ha dado un pensamiento?...
En las noches serenas,
El corazón dolido,
Qué madre no ha llorado con vosotras
El dulce fruto de su amor perdido;
O amorosa y prolija,
No imaginó entre flores
El porvenir de su inocente hija?...
Qué desterrado acaso,
En los velos de nácar y zafiro
Que bajáis al Ocaso,
No ha mandado a su patria algún suspiro?

En el canto primero nos describe el estado de perpétuas guerras y tumultos, el continuo silbar del plomo y el frenético vocerío de la indiada inculta y semisalvaje que asolaba al país en nombre del ilustre restaurador de las leyes; y al apreciar la misión del poeta en aquella tierra de desórdenes y crímenes, exclama:

¿Qué es el poeta allí? dulce suspira
Un himno melancólico su lira
Y el trueno de la pólvora vibrando
Ahoga el acento melodioso y blando,

Como a orilla del mar muere un gemido
De las ondas al áspero bramido;
. . . .
¿Qué es el poeta allí? lo que el navío
Presa de calma sobre mar bravío,
Que combatido del empuje fiero
Y cargado de paño el mastelero,
Fijo y convulso está sobre el abismo
Luchando, sin andar, consigo mismo.

Y asaltado de pronto por el ambiente pestilente de despotismo y sumisión que imperaba en la patria de sus amores, grita con la desesperanza de la impotencia:

¡Carlos! es aire para él de vida,
Unica luz, la libertad querida!
Era pesado el aire que aspiraba,
Suspiró entonces con amargo duelo,
Miró del Plata el azulado cielo,
Y ocultando en el alma sus pesares
¡Adiós! le dijo y se lanzó a los mares!

La barca que llevaba el bardo peregrino sonda las olas encrespadas del Atlántico, descúbrense las riberas del Brasil, y mientras la Naturaleza lo deslumbra con sus bellezas incultas, mil sentimientos y recuerdos se despiertan en torbellino en el alma de Carlos que, trémulo, convulso, herido por la triste realidad, toma el arpa y entona su canto a «La América», robusto, so-

noro, profético y soberbio como una gigantesca visión del porvenir y un profundo homenaje a su tierra natal.

Sólo un americano, argentino y proscripto, que tiene por alma la naturaleza y el espíritu de América, compenetrado de la alta misión que está llamada a desempeñar en el concierto del universo en tiempos ulteriores, que conoce que sus males son pasajeros, y que tras el llanto y la desolación vendría una era de paz y de grandeza; sólo un talento eminentemente aborijen que sufre la nostalgia de la libertad que ha de reinar más tarde en su patria natal, sólo Mármol con su genio de vidente, su optimismo que no logró limitar la tiranía y esa intuición que vigoriza su pensamiento, pudo entonar las vibrantes estrofas de su himno a «América», que vivirá inmortalizado mientras existan hombres que sepan sentir con corazón americano:

América es la vírgen que sobre el mundo canta
Profetizando al mundo su hermosa libertad;
Y de su tierna frente la estrella se levanta
Que nos dirá mañana radiante claridad.

. . . .

¿Qué importan del presente los días lastimeros,
Cuando el pasado es lleno de vida y esplendor,
Y a quien por vida cuenta los siglos venideros
Que borrarán, pasando, las huellas del dolor?

. . . .

Quedad, mundo europeo; ennoblecido padre
De tiempos que a perderse con el presente van;

Quedad, mientras la mano de América mi madre
Recoje vuestros hijos y les ofrece pan.

. . . .

Tuyo es el porvenir, reina del mundo,
Inmenso cual tus montes y tus llanos,
Y de esperanzas y de luz fecundo
Cual tu cielo y tus bellos luminares.
Alza la sien orlada con tu gloria,
Y verás tras las ondas del Océano,
Que el mundo de los reyes y la historia
Cabe entero en el hueco de tu mano.

. . . .

Y ensimismado con su visión profética del porvenir, que de un momento a otro debía surgir en la maravillosa evolución social, creyente, interpreta las ansias de su ánimo de convencido con este hermosísimo terceto, lleno de verdad y de época, que intercala casi al finalizar, como un toque prodigioso:

¿No véis? ¿No parece que el Andes se empina
Por ver imponente si el alba ilumina
Los tiempos hermosos que están por venir?

¡Cuánta belleza y poesía! Todo en este canto es sublime y gigantesco, la vírgen naturaleza y los nobles sentimientos que lo inspiran; la estrofa sonora y armoniosa, flúida y electrizante, parece insinuarse en nuestro pensamiento y arrastrarnos inconscientemente a través de los dolores de un pasado y las glorias de un futuro, y

unimos nuestra fe, nuestros amores, nuestros ideales, en una común y suprema subjetividad, a la intuición y entusiasmo del poeta.

La entonación, la agilidad de las estrofas, la disposición acertada de las palabras determinando la fácil cadencia, y sobre todo la variación de la medida y el acento que contribuye a dar la fuerza y expresión necesarias al pensamiento, su naturaleza y esa vibración titánica que sentimos sacudirse en sus versos, hacen de esta poesía una de las juyas más estimables de los «Cantos del peregrino». Tanto es así, que pocas décadas después el vate de la lira opulenta y grandilocuente que sólo desprendía acentos prometeanos, con mayor fuerza y vigor que Mármol, — Andrade, — no encontró molde más digno para vaciar la vasta inspiración de su canto «La Libertad y América», que aquel que dejara delicadamente burilado su insigne precursor.

El canto segundo — para citar solo los que más revelan el genio del autor—, es una hermosa producción de arte psicológico, en que se vierte en frases melancólicas y perfumadas la triste experiencia que recoje el hombre en la vida, tan llena de sinsabores y desengaños, con la seguridad del ser superior que llega al cabo de los años a comprender el mundo, y lo desprecia, desentraña el misterio de la sociedad voluble e injusta, y solo recibe al fin de una existencia de luchas y penurias, la carga de un, bien poco apreciable, ecepticismo. Para gozar la vida y vivir las ilusiones de la fantasía, se impone la

ignorancia y la negación de todo sentimiento, vivir de la iniquidad y de la farsa, ser un extraño a las nobles emociones y jamás descender la vista a las miserias para compadecer sus dolores, — como en el sueño nos aislamos del mundo de las sensaciones de realidad, para crear al mágico conjuro de la imaginación extraños paraísos en quiméricos porvenires. Escúchese como el poeta elogia esa edad de fortuna y placeres en que el mortal es un dechado de inocencias y virtudes, como un querúbe evangélico:

Hay una edad en la vida
Cuyo hechizo y cuyo nombre
Solo los comprende el hombre
Después que pasó la edad;
¡Ay! cuando da solamente
Un recuerdo a la memoria
Como el Sol desde Occidente
Un rayo de claridad.

. . . .

El Sol que claro alumbrara
La senda del Peregrino,
Se obscureció en su camino
Al punto de amenecer.
Y acaso allá en su memoria,
Sin haber nunca engañado,
Suele mezclarse a su historia
La imágen de una mujer.

El último sonido de su lira se extinguía en las latitudes infinitas del mar, y Carlos, reclinado

en la borda del Fénix, contemplaba el pasar raudo y voluptuoso de las olas y las nubes, a medida que los recuerdos renacían en su alma a la par que las estrellas surgían en el firmamento; y el pasado se presentó en su mente con toda la crueldad de sus dolores; recordó el misterio del hombre que vaga errabundo en la creación buscando el complemento de su ser, el ideal que se presiente en una sublime inconsciencia.

El también se había arrojado al mundo demandando a la naturaleza, escudriñando todos los rincones de la tierra, y cuando ya la decepción iba a caer sobre su espíritu un ángel, una mujer, se había revelado la encarnación de su ideal. Era uno de esas huries de los ensueños de Mahoma, una de esas hadas hermosas, lanzadas al mundo para dicha de los hombres, pero que al ser heridos sus espíritus castos y delicados por las bastardas pasiones del género humano, tórnanse esquivas y veleidosas, labrando, con sus sonrisas de soles que alumbran las perlas orientales de sus dientes, la desesperación y el désconsuelo.

¡Cómo era entonces bella!

Y el poeta se abisma en sus amores de antaño de los cuales sólo el crepúsculo y las estrellas han sido sus íntimos confidentes; el recuerdo al surgir en el fondo de su pensamiento reaviva la imágen de ese ser ideal, y en el éstasis nos pinta en armoniosos versos la belleza

divina de su María y el amor puro, por la mujer en cuya presencia se palidece, jadea el corazón, y se adora más cuando el silencio convida a la meditación.

. . . .

Eres mi Dios, mi hermana, mi querida,
Y mi esposa también; palabras santas;
Dádivas del Señor para la vida,
Puras como las lágrimas del niño,
Tiernas como los besos de la madre;
Palabras, sí, que el corazón no miente,
Riquezas de cariño
Con que adora mi amor tu blanca frente.
¿Qué tengo yo sin tí? penas y llantos;
Llanto frío, infeliz, sublime y santo,
Porque lloro de amor. Tú mi primera
Impresión en la tierra, tú tendiste
Mano de compasión al Peregrino,
Y tierna y hechicera
«Ven hacia mí», dijiste,
Arrojando una flor en su camino.

Y Carlos estrechando contra el pecho a su María, sus manos entrelazadas, los ojos sobre los ojos, y sus labios confundiendo los alientos en un ósculo pasional, así la repetía:

. . . . Luz de mi vida
¿Quién más bella que tú? ¿Quién más querida?
Al mirar tu beldad siento mi pecho
Para mi amor estrecho,

Y mi voz de mortal débil y fría
Para decir Te Adoro,
Derramando a tus pies ardiente lloro.

Más adelante el poeta analiza el amor sublime que alimentaban los pechos de los jóvenes unidos por el lazo secreto del destino, encontrándolo excelso y divinal, superior en todo a los instintos que embargan los sentidos:

No era ese amor frenético y ardiente
Que arrebata la calma,
Más que del corazón de los sentidos:
Era esa tierna abnegación del alma,
Que ni siente placer, ni dolor siente,
Sino en el alma del objeto amado:
Era ese amor de Dios sobre la tierra
Lo que el bardo infeliz tuvo y encierra.

Todo en este canto del peregrino respira suavidad, armonía, dulzura; una profunda disección psicológica de los pesares de un temperamento ardoroso inclinado al amor, a la pasión extrema, delirante, ilimitada, que todo lo concentra en el objeto de su devoción, fuera del cual no existe ni dicha, ni vida, ni realidad.

Es imposible describir con palabras la intensa poesía de esos versos en que canta su amor y elogia a su María, dechado de hermosura y encantos inmateriales, que cautiva la inspiración del poeta: esas impresiones elocuentes se sienten en el alma.

A medida que se leen, se observa renacer en ellos nuestro pasado, nos vemos interpretados en lo más sensible de nuestra juventud; nuestros sentimientos, desdichas y placeres, preséntansenos nítidos, en esa melodía de amargas reflexiones. Es toda la verdad de un corazón que ha amado hasta el exceso y ha visto su vida perseguida por la insidia y la maledicencia: la triste realidad reservada a las almas superiores, que nos muestra la experiencia del bardo.

El poeta argentino Luis L. Domínguez publicó en Montevideo con fecha 11 de abril de 1847 los octasílabos que transcribo a continuación, inspirados por la lectura del Segundo Canto del Peregrino de Mármol:

¡Bello, bello, vive Cristo!
Mil veces bello es tu canto,
Déjame secar el llanto
Que me arrancaste, cantor!
Deja que vuelva a estas hojas,
Y a leer en cada una de ellas
La historia de mis congojas,
Los recuerdos de mi amor.
¡Aquí hay verdad, aquí hay fuego!
¡Por Dios, que esto es poesía!
Esto es lo que yo querría
De todo poeta oír.
Parece que estas palabras
Del alma misma han nacido;
Dichoso tú que has sabido
Así al «hombre» traducir.

Los demás cantos del Peregrino, salvo raras excepciones, no desmerecen en nada la gloria de Mármol; todos ellos están inspirados, sino en la belleza de la natura que nos rodea, en las miserias y dolores de la patria pisoteada en su dignidad por una turba inculta de sayones, o en los secretos afectos del alma.

Los versos conservan siempre la elevación y energía que le son características y las imágenes atrevidas, deslumbrantes, esmaltan con frecuencia las estrofas con lampos de genialidad.

Sólo en la concepción instantánea, grandiosa, de Víctor Hugo, Zorrilla, Díaz Mirón, puede encontrarse simil a la magestuosa pintura que hace Mármol de la brevedad de los siglos en su vuelo eterno:

De su caos los siglos se desprenden,
Llegan, ruedan, levantan en sus manos
Generaciones, mundos, y descienden
De la honda eternidad a los arcanos:
Así del hombre las pasiones hienden
Por esos del placer goces mundanos,
Roban la aroma a la flor, y luego
Vuelven al corazón marchito el fuego:
Tienen, y nada más, sobre este mundo
Una nación, un siglo, un hombre, un día.

Y cuando en el mismo canto apostrofa la ignominia de los sicarios del tirano, que, convertidos en sus viles instrumentos se adelantan a adivinar los deseos del amo brutal, para ajustar más

el dogal al cuello de la patria cautiva, mancillada por sus apetitos de bestias sensuales, con la belleza de la verdad horrible, les muestra el abismo tenebroso de sus conciencias que no escatiman miseria y humillación para contentar al déspota:

Todo pasó, gloria, opulencia,
La virtud misma del hogar no existe,
Y las horas las cuenta la existencia
Por los golpes del fierro que resiste.
La propia flor de la beldad su esencia
Ha perdido y su brillo, mustia y triste
Encerrada con hálitos impuros
De la barbarie entre los altos muros.
. . . .
Diputados, ministros, generales,
¿Qué hacéis? Corred: el bruto tiene fiebre;
Arrastrad vuestras hijas virginales
Como manjar nitroso á su pesebre.
Corred hasta las santas catedrales,
A vuestros pies las lápida se quiebre;
Y llevad en el cráneo de Belgrano
Sangre de vuestros hijos al tirano.
. . . .

Continúa en las amargas reflexiones del decaimiento de su patria y remontándose en el curso de sus ideas encuentra en su camino a la España que ha dejado en los pueblos del Plata su sangre y su carácter, y en ella la causa

de todos los males que aquejaban a nuestra tierra a la sazón:

Eso tiene este mundo americano
Como fibras de vida dentro el pecho,
Desde el florido suelo mejicano
Hasta la estéril roca del estrecho;
Absolutismo, siervos y tiranos,
Farsas de Libertad y de Derecho,
Pueblo ignorante, envanecido y mudo,
Superstición y fanatismo rudo.

El poeta nos presenta a Carlos concentrando reminiscencias del pasado, y nada, ni a nadie encuentra; que todos han perecido en la lucha o ruedan proscriptos por el rudo despotismo del tirano, — y la libertad prostituida, apagada su llama santa por el poncho del cacique, y las llanuras de su patria anegadas en sangre de los esforzados paladines.

Sólo ruido de cadenas, de cerrojos de cárceles y la algazara atroz de la turba sedienta de sangre, turban el silencio de la patria; y en medio de tantos infortunios, llorando la esclavitud y la barbarie, y maldiciendo los opresores, surje una chispa divina del pensamiento de Mármol, revelándonos la causa misteriosa de tan desolador cataclismo, uniendo la belleza natural de sus versos a la profunda elocuencia de la verdad.

El mal está en el hombre, no en las cosas;
Y eso que llaman en el mundo estrellas,

Hado, fortuna, suertes veleidosas,
Son invenciones de la mente bellas
Con que las almas cubren afanosas
Los errores y vicios de sus huellas.
La fortuna es el hombre, y el abismo
De sus males, también del hombre mismo.

En general los Cantos del Peregrino son frutos de la época: en ellos se ve reflejada toda una generación, que sufría los rigores del proscripto — hombres intelectuales que rondaban la patria arrullándola con el eco de sus cantares o el estampido de sus luchas y polémicas, sufriendo la nostalgia de su tierra y el dolor de verla oprimida y arrojada gradualmente a un abismo de degradación cada vez mayormente tenebroso — y en la impotencia de libertarla de entre las garras del Nerón americano, sepultaban sus mentes en un más allá radiante de vida y libertad, sostenidos por la esperanza del porvenir, en que vislumbran campos de paz y de ventura, cuando cayese el Minotauro aplastado por el empuje del pueblo en un grandioso despertar.

Carlos piensa y llora como un ser supremo que resumiera en sí los corazones y cerebros del conjunto de patriotas guarecidos en Montevideo; sus recriminaciones e ideas, sus gemidos y apóstrofes, hubieran sonado con igual verdad en los labios de Varela, Gutiérrez, Alberdi, Sarmiento, y tantos otros que llevaron su ostracismo a países extraños.

En medio de esa profunda psiquis de una generación expuesta en la brillante armonía de versos fluidos, enérgicos, rotundos y convincentes, se destacan, de trecho en trecho, como fulguraciones que alumbran el conjunto, las magistrales descripciones de la Naturaleza americana, animadas de tan vivos colores y precisión en el trasunto, que parece que la esencia de las flores, el incendio de los trópicos, el cándido misterio de las nubes o el radiante matiz de las auroras, fluyeran naturales, luminosos, vivientes, de entre las evocativas imágenes de su poesía.

Si Mármol no hubiera labrado su fama con sus diversas poesías desde mucho antes a la aparición de los «Cantos del Peregrino», éstos con suficiente mérito para consagrar su gloria inmortal de poeta de elevado ingenio.

IV

Dejaríamos un lamentable vacío en este suscinto estudio, de no decidirnos a sacrificar su limitación al examen de las poesías sueltas de Mármol, entre las cuales se cuenta su producción genial por excelencia: «A Rozas».

Guiados por el intento de analizar ligeramente las principales, reduciéndonos a nombrar las restantes, — aunque en todas se encuentran, como en las aguas cenagosas de los ríos, partículas de oro, — comenzaremos con el principio de la ca

rrera literaria del poeta para seguirlo en lo posible a través de sus brillantes triunfos.

La primera poesía digna de figurar entre sus obras, fué compuesta con motivo del certámen poético celebrado en Montevideo en 1845 festejando el aniversario de la revolución patria, titulada «Al 25 de Mayo», y que encabezaba con estos versos del poderoso poeta del siglo XIX, Byron:

Where Chimborazo, over air, earth, wave
Glares his Titan eye and sees no slave.

En esta poesía, como fué indicado anteriormente, brilla y sorprende la abundancia de imágenes e ideas, elevadas, sutiles, de magnífica inspiración, que se suceden y enlazan en una armonía deslumbradora, que ofusca y enardece el pensamiento. La idealidad, el tono diverso, la modulación de la frase siempre varia en sus rápidos giros, el acento que comunica su sonido a los versos, el frescor, la elegancia, todo ello imprime una extraña sublimidad selvática a las concepciones gigantescas de esta poesía.

Todo ello encanta y deslumbra a su lectura; pero, desgraciadamente, ante la crítica inflexible los repetidos errores de que está plagada la composición, amenguan grandemente su mérito. Frecuenters impurezas del lenguaje, violentación de las sintáxis, faltas de rima y versificación, y otras incorrecciones que no escapan al hablista, desmerecen el valor de la pieza literaria.

Tiene estrofas hermosísimas que revelan ya la potente imaginación de Mármol:

«Esto escribo en los cielos con mi lumbre
Cuando a Mayo recuerdo en el Oriente:
Si queréis coronar mi excelsa frente
Pedid al cielo que la vuestra alumbre».

. . . .

Mal plugo España a tu estrella
Aceptar el desafío;
Más valiera que en desvío
La seña dejaras, sí,
Pues estaba escrito en ella
Con lemas enrojecidos
Que fueran los oprimidos
Los vencedores de tí.

. . . .

Y el angel de la muerte en negro carro
Su rápida carrera reteniendo
Estuvo con placer el duelo viendo
Sobre el inmenso mundo de Pizarro.

Y después de haber descripto en elocuentes estrofas la lucha epopéyica de la independencia americana, termina con una profética revelación:

Y en él, sobre la sien del Chimborazo
Verá un Angel midiendo con su brazo
De los remotos mares la distancia,
Y al Angel que mira
Pregunte ¿qué aspira?

Y el Angel le dirá con arrogancia:
«Me traigo las regiones de la Europa
A domeñar su frente en esta roca».

El canto «A Teresa» es una primicia de dulce y resignada ternura. Es una triste pasionaria en que el poeta recuerda sus amores, la casta virgen separada por la suerte, y en raptos de profundo cariño nos pinta la belleza de su adorada, en el sublime instante de arrojarse en sus brazos enagenada de pasión. Mística, sensual, adornada de brillantes hipérboles, con un dejo de sombra, es una poesía ardiente, conceptuosa, llena de gracia y galantería, tímida a la vez que arrojada, en que el poeta nos da la pauta de todas sus producciones que revelan su temperamento impetuoso, inmensamente apasionado.

. . . .
Ven a mi mente, ven; vengan contigo
Sus encantos, su amor, sus juramentos,
Su dulce acento al suspirar conmigo,
Sus rizos por su sien y la sien mía,
Su temblor virginal y los alientos
Abrasados de amor, y los sonrojos
En su pálida tez, y los desmayos
De su abrasada frente, y, como el día
Del cielo tropical, aquellos rayos
Que amor brotaban de sus tiernos ojos.

Los versos denominados «5 de Enero», «A. . . .», «Adiós», son todos tres de la misma naturaleza

que el anterior. En algunos de ellos prima el sentimiento, otros deslumbran por la pintura, mientras otros tienen la salvaje resignación del esforzado, llenos de la dulzura y melancolía que es característica en el autor, — pues esta no sólo se encuentra en sus poesías amorosas sino también en aquellas destinadas a consagrar los grandes triunfos o sufrimientos de su patria.

Escúchese con qué melodía traduce sus decepciones al contemplar la presteza con que se extingué el fuego de una pasión que hacía presentir su eternidad, y con qué fe de convencido idealiza el amor maternal como el único que nos acompaña incólume en la existencia:

Oh! no te ofendas, Teresa!
Todo en la naturaleza
Nace y muere con presteza
Por una ley eternal!
Y en el corazón humano,
Sólo hay un amor tan fuerte
Que pasa puro y lozano
Desde la vida a la muerte,
Y es el amor maternal!

En el canto «A. . . .» luego de admirar la belleza de su amada, brota la inspiración de su pluma en rápidos torbellinos que transportan y enagenan, contemplando a su adorada sobre la grandiosidad de la naturaleza, para hallarla más hermosa y sublime que cuanto alumbra con su luz el día:

¿Quién eres que levantas misteriosa
De mi alma yerta los obscuros velos,
Como el alba las sombras de los cielos
Con sus manos de nácar y de rosa?
Y, cómo no admirarte! ¡cómo mi alma,
Que sufre las angustias del poeta,
No revivir para perder su calma,
No reanimar la inspiración secreta,
Si hay en tí más belleza y poesía
Que cuanto dora el explendor del día!

. . . .

Y en su poesía «Adiós», en que se despide de un amor que calentara por largo tiempo su existencia, ante la imposición del destino que ha concedido a ella un corazón en que la dicha anida y a él un alma que alberga la desgracia, amoroso y casto, jurando amor hasta el postrer instante al resignarse en su infortunio, así vuelca toda su virilidad:

Yo seguiré también — Cóndor salvaje —
Entre la ronca tempestad mi vuelo,
Y en las vertientes del pedroso hielo
Mi sangre hirviente refrescar podré;
Y entre la nube do fermenta el rayo,
Por el trueno y los vientos sacudido,
Sobre mis propias alas suspendido,
En medio a las tormentas dormiré.

«Sueños» es una hermosísima pieza poética en que campea libremente la fecunda y robusta fan-

tasía que enjendra en sus románticas concepciones verdades profundas del corazón humano, al mostrarnos las secretas inquietudes y palpitaciones de las almas que sienten sobre sí las alas del genio, ambicioso de gloria.

Pocas poesías han alcanzado tan altas regiones en la calma de un vuelo dulce y suave, que nos conduce a alturas en que se inclina el deleznable pensamiento para observar al hombre en su existencia y penetrar con la mirada del poeta la psicología que anima la vida. Júzguese de los encantos de esta poesía:

Venid, venid ¡oh sueños! a mi abrazada frente;
Cubridme con celajes de púrpura y zafir,
Y siéntame bañado de lumbre refulgente,
Soñando que no sueño para mejor finjir.

«Recogimiento» es otra producción del mismo género eminentemente romántica, de un misticismo ultraidealista; no podría expresarse con mayor magnificencia las ansias finales de un espíritu inclinado a la veneración de su Dios que lo presiente en la grandiosidad de su obra, en las manifestaciones de la naturaleza en que revela todo su esplendor a su mente religiosa. Excéptico de la vida, ha perdido sus esperanzas en la gloria y grandeza mundanales, mentidas ilusiones que torturan el alma luego que nos abandonan, y en absoluta abstracción quiere olvidar su ser, su pensamiento, cuanto le rodea, que

es todo engañosa realidad, para contemplar en muda adoración la suprema verdad que vislumbramos en el infortunio: Dios.

Hoy no quiero que brillen mis palabras
Al resplandor de mi abrazada mente,
Ni tampoco que exale tristemente
Un tono melancólico mi voz.
Hoy siento que me abruma la existencia,
Me pesa el corazón, me duele el alma,
Y quiero, solo, en magestuosa calma
Salir del mundo para hablar con Dios....

«Amor» es una delicada poesía en que hace gala de vasta inspiración, con hermosos símiles, riquezas de colorido y soltura de estilo, en que se mezclan todas las bellezas de la naturaleza, los ideales de un espíritu exaltado y las pasiones del corazón armonizadas en la estrofa elegante, para engrandecer y divinizar el amor.

Las producciones tituladas «La Noche», «El Sol» y «A Dios», merecen también un lugar especial, por la abundante fantasía que domina en ellas, bajo cuya influencia se desarrolla el pensamiento del autor. Todas estas poesías enumeradas guardan el mismo estilo, entonación y concepciones muy similares.

El verso fácil, — aunque con frecuencia se violenten las reglas, — la fluidez, el subjetivismo intenso de esa poesía sumamente psicológica, la dulzura melancólica que la hace seductora, la

virilidad de la frase en las construcciones más suaves, — que se desprende, no de la brusquedad significativa de las palabras, sino de la maravillosa esencia de la idea, — todo ello les da un aspecto de sombría primavera, de belleza enlutada, que cautiva y domina excitando nuestro fondo pesimista, místico, que duerme en lo subconsciente, engendrado por el imperio de lo desconocido, llámesele fatalidad, destino, Dios.

En esos versos asoma constantemente la huella de un carácter místico, religioso, adorador de la divinidad con afinidades al asceticismo, que, sea dicho de paso, caracteriza, casi, la poesía de esa época que podríamos extenderla hasta Andrade, en que ya la imaginación poética nacional toma un vuelo más libre, rompe con todos los atavismos y prejuicios, y vigorosa, audaz, llena de lozanía y vida, se encauza en el más franco y definido positivismo.

La propiedad de originalidad de los hombres es muy limitada; el genio inspirado en las fuentes de la profecía apenas si alcanza a mirar un tanto más allá que sus semejantes coetánes, y difícil le es abstraerse de la influencia que ejercen necesariamente sobré él las idéas y creencias que reinan en el ambiente del siglo en que vive y se manifiesta. Mármol, los dos Gutiérrez, Cuenca, Chassaing, etc., pertenecen a esa época y están impregnados en ese medio de profunda religiosidad.

«Ráfaga» es una altanera rebelión contra las reglas del arte y el sofístico criticismo, — y, en

«Desencanto», vierte el poeta en versos robustos y excépticos la triste suerte del bardo en su patria en que su débil voz se pierde entre el estampido de la guerra y la algazara feroz de la chusma desenfrenada.

La poesía titulada «Cristóbal Colón» está destinada a vivir mientras exista América y americanos. Nadie ha narrado con mayor maestría la obra gigantesca de Colón, expresada en estrofas sintéticas, elocuentes, en que cada verso representa una idea, y en que cada idea es un tributo de admiración hacia el genio y un reproche al cruel destino que no le ha deparado la glorificación ganada en la justa del pensamiento y del esfuerzo árduo, y a la humana especie que ha olvidado su nombre entre las páginas de la historia. Mas, dice el poeta:

Si no te han dado monumento humano,
Si no hay Colombia en tu brillante historia,
¿Qué importa? ¡eh! tu nombre es el Océano,
Y el Andes la columna de tu gloria.
¿Qué navegante tocará las olas
Donde se pierde la polar estrella,
Sin divisar en las llanuras solas
Tu navío, tus ojos, y tu huella?
¿Sin ver tu sombra allí do misterioso
El imantado acero se desvía,
Y un rayo de tu genio poderoso
Que va y se quiebra donde muere el día?
¿Quién al pisar la tierra de tu gloria,
No verá en sus montañas colosales,

Monumentos de honor a tu memoria,
Como tú grandes, como tú inmortales?

Júzguese por esas estrofas de la belleza del canto.

Son también dignas de ocupar un lugar preferente entre sus obras las poesías intituladas «Ilusión», «A tí», «A la señora condesa de Walewski», «Canto del poeta», «A mis amigos de colegio», y otras varias de menor importancia.

Es asimismo una preciosa producción «El reloj», en que ha seguido muy de cerca la inspiración de Zorrilla.

Todas estas son las que podríamos llamar afectivas, dedicadas a distintas impresiones de su vida; veámos ahora las esencialmente patrióticas, incluyendo entre éstas la colocada al frente de esté parágrafo.

La poesía «A Rozas», su obra capital de poeta, es un valiente y magnífico apóstrofe lanzado al tirano por el odio que hacía presa en él. No podemos rendirle mejor elogio que transcribiendo las palabras del vate mejicano Ignacio M. Altamirano, insertas en el prólogo de las «Pasionarias» de Manuel M. Flores: «El apóstrofe A Rozas no se expresa con acentos conocidos en ninguna lengua.

El poeta argentino los ha arrancado del huracán que agita las selvas de los Andes, del aliento destructor del Pampero, del ronco estruendo del Tequendama, de los tumbos del mar embravecido, del mujido pavoroso del Chimborazo y de

la catarata de truenos de las tormentas americanas. Buscad la explosión de cólera fulminante de Mármol en la poesía antigua, y no la encontraréis. Los Rozas no han faltado en ninguna parte, pero la lira de ese gran poeta honrado no había sido dada por el númen a ningún mortal, ni aun a los profetas iracundos de Israel. Juvenal agitaba el látigo, pero no lanzó rayos jamás. Los poetas no se habían sentado nunca en el trono de Júpiter.

Después de Mármol en América, Víctor Hugo ha lanzado en Europa apóstrofes parecidos; pero antes que él, en vano sería escuchar el eco de las cóleras antiguas».

Las consideraciones hechas anteriormente y las palabras transcriptas pueden servirnos de norma para juzgar todas las poesías patrióticas de Mármol.

Entre ellas encontramos en primer término la que dedica «Al Sol de Mayo», escrita por el año de 1847; «A Buenos Aires»; «A Rozas» en 1850; «Adiós a Montevideo»; «Canto de los proscriptos», y por último, pasando por alto muchas otras de escaso mérito literario, aquella digna por todos conceptos en que profetiza la grandeza de Bolivia.

V

Conocidas ya en general sus poesías, entremos a analizar ligeramente sus obras dramáticas, en

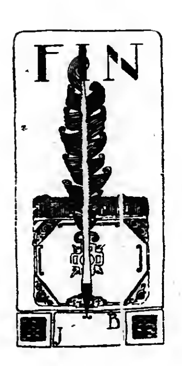
las cuales si Mármol hubiera perseverado, hubiera conquistado una gloria envidiada por muchos dramaturgos contemporáneos.

Sus dos únicas producciones de este género, «El Cruzado» y «El Poeta», la una de carácter histórico y la otra esencialmente filosófica, revelan sus altas cualidades para esta literatura, pues, desarrolla paulatina, embozadamente, con todos los efectos psicológicos y resortes, empleados a su debido tiempo, que le dan la característica de la más acabada y perfecta pieza dramática. Todas las cualidades que hacen al dramaturgo se revelan en Mármol en grado máximo, a pesar de haber sido las dos únicas enunciadas sus producciones de esta clase.

Sus dramas escritos uno en Montevideo y el otro en Río de Janeiro durante el tiempo de su proscripción, han sido representados por repetidas veces en los teatros de la ciudad cisplatina, cosa que no ha sucedido en los de su su patria, y publicados por primera vez en la colección de sus poesías que se hizo en el año de 1852, perfeccionada y aumentada con numerosas obras inéditas el mismo poeta.

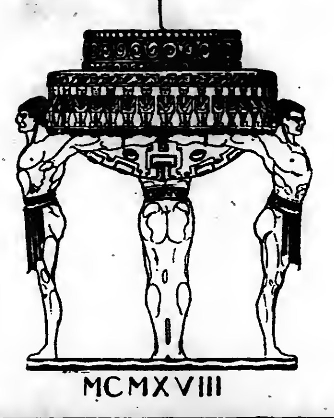
Además de su drama, Mármol ha revelado también sus altas condiciones como novelista; su obra «Amalia», que solo encuentra símil en «Pablo y Virginia» de Bernardino de Saint-Pierre o en «María» del literato colombiano Jorge Isaacs, es una de las pocas producciones americanas que han sido traducidas al francés, inglés, y alemán.

Si no resalta por su trama y caracteres, es una hermosa narración que trasunta fielmente un período de su patria, y deleita por la suavidad y dulzura de su estilo y escenas que motiva.



HECTOR R. BAUDON

ECHEVERRÍA MÁRMOL



MCMXVIII

JOSÉ BOVERI

cm